

LA PINTURA EN CHILE

Colección Luis Alvarez Urquieta

SANTIAGO DE CHILE

— JULIO DE 1928 —





Escuela Quiteña

"Ejecutorias de Don Manuel de Salzes y familia"
Oleo de 85 x 105 centímetros

Introducción

Nos encontramos frente a una colección de pinturas nacionales por demás interesante.

Con grande amor al arte, con voluntad decidida y una constancia a toda prueba, el señor don Luis Alvarez Urquieta ha logrado reunir un lote de cuadros de pintores chilenos que difícilmente podría presentar otro aficionado y coleccionista. No son las grandes telas lo que vemos sobresalir en esta colección: es la historia de la pintura nacional.

El señor Alvarez Urquieta acompaña el catálogo de su galería con un prólogo que manifiesta su carácter investigador que lo ha llevado a buscar los orígenes del arte nacional en los tiempos prehistóricos de nuestra raza. Ante tales documentos no tenemos más que admirar el interés con que han sido recopilados y recomendar su lectura a toda persona en cuyas manos caiga este catálogo.

Desde el padre agustino Pedro de Figueroa que esculpió en 1613 la imagen que llamamos "Señor de Mayo", y los Hermanos Jesuitas que ejecutaron las primeras pinturas decorativas en el siglo XVIII, hasta don Fernando Alvarez de Sotomayor, todos los artistas extranjeros que nos han visitado y que nos han dejado sus lecciones y algunas de sus obras, todos han sido tomados en cuenta en el trabajo histórico del señor Alvarez Urquieta, y la mayoría de ellos están representados en su colección. Por eso es tan interesante para todo el que tenga amor al arte, imponerse de tan importantes datos sobre la materia.

"El fin del arte, ha dicho un autor, es ante todo y sobre todo causar en el espíritu del que contempla sus producciones la emoción estética. Y como quiera que esta pura, desinteresada y noble emoción despierta en el ánimo ideas elevadas, honestas y dignos afectos y valiosos impulsos, el fin último del arte es la educación del espíritu humano, principalmente en su parte afectiva.

Proporcionar objetos dignos y elevados al amor, a la admiración y al entusiasmo; despertar en el alma el culto de lo ideal y de lo perfecto, tales son los altos fines que el arte puede proponerse".

Por eso el señor Alvarez Urquieta al numerar los cuadros de su colección ha sabido acompañar el nombre de cada autor con una breve noticia de las cualidades características de su producción, lo

que ha de contribuir en gran manera a ilustrar al público en el sentido de que sepa distinguir a unos de otros y estimar en cada artista su cualidad sobresaliente; y que juntándolos en su mente, pueda apreciar los fines nobles y elevados que cada pintor se ha propuesto y los que se ha propuesto el mismo señor Alvarez Urquieta al reunirlos.

Nos da también el señor Alvarez Urquieta ligeras biografías de los artistas nacionales fallecidos, haciéndonos notar cómo contribuyeron, cual más cual menos, al desarrollo de nuestro arte nacional, según las condiciones que para ello habían recibido de la naturaleza. Digna sobre manera de estudiarse y de retener bien en la memoria es esta parte del prólogo; porque entre nosotros se olvida fácilmente lo que debemos a muchos de los artistas ya fallecidos, sin tomar en cuenta las dificultades de todo género que tuvieron que vencer y los sacrificios que hicieron por el arte nacional en tiempos difíciles en que había que crearlo todo, y todo por amor al arte y por su difusión en nuestra patria.

ONOFRE JARPA.

Julio 9 de 1928.

Señor D. Luis Alvarez Urquieta

Mi distinguido amigo:

Por lo que Ud. me había dicho, hace tiempo ya, y en varias ocasiones, de la hermosa tarea emprendida por Ud. de formar una galería de arte puramente chileno, en que estarían representados todos los pintores nacionales desde que se cultiva el arte en Chile, es decir, desde los primeros años del siglo pasado, esperaba con el mayor interés y curiosidad la hora de visitar esta colección.

Conociendo su entusiasmo, su cultura, su profundo amor por el arte chileno, sabiendo además que, para llevar a buen término la tarea que se había impuesto, Ud. contaba con conocimientos especiales sobre la materia y con vastas relaciones durante toda su vida en los medios artísticos e intelectuales de Chile, no dudaba encontrarme con una galería de obras verdaderamente interesantes, pero, créame, mi distinguido amigo, lo que he visto ha pasado con mucho todo lo que podía esperar y salí maravillado de mi visita a su casa.

En distintas ocasiones tuve que estudiar para varios diarios y revistas, la historia del arte nacional y siempre, al procurar hacerlo más concienzudamente posible, tropecé con grandes dificultades, en primer lugar por la falta de documentos auténticos y metódicamente catalogados sobre todas las personas que en Chile han cultivado el arte como profesionales o como aficionados sobresalientes y también por no haber donde encontrar y conocer obras de muchos de estos artistas chilenos.

Efectivamente, si es cierto que en el Museo de Bellas Artes, muchos pintores nacionales están bien representados y algunos de ellos aún en forma brillante y con numerosas obras, en cambio hay muchos también, particularmente entre los precursores los que, por lo mismo ofrecerían un especial interés para la historia del arte nacional, que no tienen la más mínima representación y por consiguiente quedan ignorados y condenados al más completo e injusto olvido.

Tenía de esta verdad una vaga y confusa idea que se precisó y quedó muy clara en mi espíritu, después de visitar la colección

de cuadros nacionales juntados metódicamente, colocados por orden cronológico y por épocas y catalogados por Ud.

DESDE AHORA PARA CONOCER TODA LA HISTORIA Y TODA LA EVOLUCIÓN DEL ARTE CHILENO, NO ES SÓLO AL MUSEO DE BELLAS ARTES QUE HABRÁ QUE ACUDIR, SINO A LA GALERÍA ALVAREZ URQUIETA, QUE MERECE SER NACIONALIZADA EN EL INTERÉS NACIONAL Y PÚBLICO.

No solamente no falta nada en esta colección ya que están representados por obras importantes todos los artistas chilenos o extranjeros radicados en Chile y por lo tanto chilinizados, desde hace algo más de un siglo, sino que, en su mayor parte, dichas obras son de primer orden y verdaderamente hermosas, dentro de sus escuelas y épocas respectivas, produciendo el conjunto de las salas una impresión de arte más serio y elevado.

La sección de los dibujos no es menos interesante y completa que la de la pintura y encierra, además, una verdadera joya de inapreciable valor para la historia tanto de la formación de la actual nación chilena, como de la cultura intelectual y artística de los que fueron los “pionniers” de este Chile moderno: me refiero al album de dibujos y apuntes admirables de don Vicente Pérez Rosales, ejecutados en sus expediciones de exploración y de civilización de la región del sur, desde Concepción a Puerto Montt, alrededor del año 1850. ¿No se podría insinuar la idea de hacer reproducir en facsímile y editar los dibujos que contiene este album? ¿Qué habitante actual de estas regiones (Temuco, Osorno, Valdivia, Puerto Montt) no quisiera tener un ejemplar de esta obra? ¿Cuál establecimiento de instrucción y de educación no lo consideraría como un elemento indispensable en su biblioteca...?

Para que sea perfecta su obra en pro del arte chileno Ud. la ha completado con un catálogo que no es solamente la lista de las obras que forman su colección, sino la historia del arte en Chile, la más completa, la más clara y la más metódica que se haya escrito hasta ahora, catálogo que por sí, aún sin conocer su galería de cuadros y dibujos, constituye el más valioso aporte al Arte Nacional.

Con mis más entusiastas felicitaciones, aprovecho esta ocasión, mi distinguido amigo, para repetirme de Ud. su affmo. amigo y S. S.—RICHON BRUNET.—(Catedral 2998). Societaire (Peintre) et délégué permanent au Chili de la Société Nationale de Beau-Arts de París.

Dos palabras

Al dar a luz este catálogo de los cuadros de artistas chilenos y extranjeros, que han residido en Chile e influenciado en su escuela pictórica y que hemos recogido en el transcurso de los años que llevamos vividos, no nos atrae el afán de lucro, pues si como en Dios confiamos, circunstancias mayores, no nos obligaren a ello, jamás nos desprenderemos de esta colección, a la que nos ligan infinitas sensaciones, recuerdos, alegrías y tristezas, anexos a nuestra peregrinación por este mundo.

Tampoco nos ha seducido, al emprender este modesto trabajo, afán alguno de exhibicionismo; de este acerto pueden dar fé, cualesquiera de los artistas, aficionados y en general personas que conocen nuestro carácter.

Si hemos emprendido este trabajo, lo hemos hecho, solamente guiados, por el deseo de dar a conocer en lo posible, la altura a que alcanzó el arte de la pintura en nuestro privilegiado y bello suelo y el justo anhelo de que la labor de toda nuestra vida, no se desperdicie.

Intencionalmente nos limitaremos a citar solamente los nombres de los pintores jóvenes, casi todos ellos esperanza de nuestro arte y aunque muchos de ellos se destacan, todavía la crítica no ha dado su juicio definitivo. Pedimos perdón, si como es fácil comprenderlo, involuntariamente se nos han escapado algunos nombres.

Lo mismo decimos respecto a los errores y faltas que pudieran encontrarse en nuestra introducción al catálogo, que titulamos "Apuntes para la Historia del Arte Pictórico en Chile", en la que sólo pretendemos hacer una reseña breve, sí, como corresponde a la extensión de este trabajo, pero concienzuda y honradamente estudiada.

L. A. U.

CAPÍTULO I

La Prehistoria del arte

La cultura Atacameña.—Arte Incaico y Araucano.—
Algunas reliquias históricas

En este pequeño bosquejo, tendremos que pasar muy a la ligera, por lo que podríamos llamar el estudio del arte pre-histórico nacional, tanto porque las dimensiones de este ensayo no se prestan para ello, como porque al decir verdad, este casi no existía en Chile.

Ridículo e inoficioso, sería que nos engolfáramos en las cuestiones étnicas, que apasionan a nuestros sabios, sobre el origen de los primitivos pobladores de Chile, pero lo indudable es que a la llegada de los conquistadores españoles, el país se encontraba dominado por dos razas principales; los que habían venido del Perú, enviados por los poderosos Incas a conquistar nuestro territorio, a quienes podríamos designar con el nombre de incaicos y los indómitos araucanos, que jamás pudieron ser subyugados ni por los incaicos, ni por los españoles, y casi podríamos decir ni siquiera por los ejércitos de la República.

Si en Chile no se encontraron, como en otros países limítrofes, grandes vestigios de pasadas civilizaciones, creemos que se debe atribuir principalmente a la configuración de nuestro país, que, obliga a sus habitantes a pasar en eterna lucha contra los elementos naturales, ya sea con las inclemencias de nuestra abrupta cordillera, ya sea con los rigores del proceloso mar que nos baña, que por ironía parece haber sido bautizado de Pacífico.

Pero indudablemente, sería una omisión imperdonable el no citar el arte Atacameño, al cual podremos calificar de autóctono.

La cultura Atacameña, que fué anterior a la Incaica, pues los autores la colocan entre los años 900 a 1350 de nuestra era, mientras que la Incaica la ubican entre 1350 a 1530, (1) tuvo una área bastante grande, pues se extendió desde el salar de Atacama y

(1) Estos datos los hemos tomado del interesante trabajo del Dr. Aureliano Oyarzún "Los Aborígenes de Chile".

del Arisaro, hasta el sur del Perú, Bolivia, N. O. Argentino, y llegó hasta más al sur del centro de Chile.

Los Atacameños conocían el laboreo de los metales y aún nos dejaron hornos de fundición. Trabajaron herramientas en piedra y en madera y usaron ponchos muy bien tejidos, adornados con franjas de colores, túnicas, sacos de mano, etc.

Pero lo más que nos interesa, en este pequeño estudio, son sus obras de alfarería, de fina composición, ya decorada, ya de un solo color, vasos, platos, ollas, etc., y sus tallados en piedra o madera. Las figuras que adornaban estos trabajos consistían en animales, peces, pájaros, cruces, rayos exéntricos, (talvez imitaban al sol) y diversas figuras geométricas.

Una buena colección de estos recuerdos puede admirarse en nuestro Museo Etnológico y Antropológico.

Debemos también citar como manifestaciones de arte de nuestros aborígenes araucanos, la cerámica que se encuentra en los cementerios indígenas, y que en todo caso no son sinó los primeros frutos de la infancia del hombre, y los chamantos de vistosos colores con que ellos se cubrían, pintados con jugos de yerbas naturales, arte que aprendieron de los peruanos y bolivianos, eximios maestros en tejidos, y las toscas esculturas en madera que plantaban los araucanos sobre las tumbas de sus muertos y que pretendían representar el retrato de ellos, como su nombre indígena lo dice "CHEMAMILES" (retrato de hombre).

Esto no quiere decir que ellos fueran por naturaleza refractarios al sentimiento artístico, pues, ya sea que los chamantos que anteriormente mencionamos puedan considerarse como imitación de los tejidos incaicos o aimarás, ya sea que sus esculturas en madera no pasan de ser rudimentarias imágenes, y su orfebrería no puedan competir con las lozas de Talavera, sin embargo revelan que esa raza que ha dado la nota alta en el mundo, como empuje y vigor, supo rendirse a los nobles y acariciadores ensueños del arte.

Pero como en nuestro trabajo pretendemos concretarnos al arte pictórico, vamos a dedicarnos solamente a él, dejando para otros, los inagotables temas que sobre distintos ramos de la ciencia y del arte puedan desarrollarse.

Nuestro país joven y no dotado por la naturaleza de riquezas materiales con que fué tan pródiga con otros países limítrofes, no pudo en sus primeros tiempos dedicarse a las bellas artes y el carácter audaz y valiente de sus pobladores, preocupados solamente de defender la independencia de su terruño, les impedía asimilar los progresos artísticos de otras civilizaciones.

Audaces españoles invadieron nuestro país; individuos que no sólo traían en su sangre el ánimo de conquistar riquezas, sinó que venían despechados por ser víctimas de la fortuna en su calidad de segundones. Se unía a ello su pobreza, su orgullo, y sus preocupaciones religiosas severamente vigiladas por la Inquisición. Motivos fueron estos que no trajesen objetos de verdadero valor

artístico, sinó solamente uno que otro óleo para adornar las iglesias o las casas de los magnates, y esculturas de asunto religioso, obras que hoy día conservamos más que por su valor artístico, como por veneración a lo antiguo.

Entre estas últimas como reliquias conservamos “La Virgen del Socorro” escultura que está en el templo de San Francisco, traída por don Pedro de Valdivia; “El Señor de Mayo” existente en el templo de los Agustinos; hecho por el padre Agustino Pedro de Figueroa el año 1613; “Cristo con la Cruz a Cuestas” de la Iglesia de Santo Domingo y otras de menor importancia. Sin embargo existen obras de mérito artístico, como: el “Cristo Crucificado”, tallado en madera, cuya tradición dice, fué regalado por Felipe II a los Mercedarios; otro “Cristo” también tallado en madera que fué regalado por Carlos V al Seminario de Santiago; el cuadro de “La Cena” existente en la Sacristía de la Catedral; “San Sebastián” que existía en una iglesia de Los Andes y “San Francisco Javier” que se venera en la iglesia Catedral de Santiago, etc., etc.

CAPITULO II

Los Jesuitas

Su gran influencia durante la colonia.— El padre Carlos Haymhauser. — Ambrosio Santelices.— Ignacio Andía y Varela

Los Jesuitas, cumpliendo con la misión que su fundador don Iñigo de Loyola les indicara, repartiéronse por todo el mundo con el objeto no sólo de propagar su Credo, sino también de defender la civilización y el amor a las bellas artes.

A principios del siglo XVIII empezaron a llegar a nuestro país sacerdotes de dicha orden, en su casi totalidad extranjeros. El padre Carlos Haymhausen de nacionalidad bávara, distinguióse entre otros por su gran amor a las artes, y su singular laboriosidad; a él debemos, en gran parte, las primeras manifestaciones artísticas, que sirvieron de base para nuestro futuro arte nacional. Empezó por introducir al país, con el difraz de hermanos coadjutores de la orden, a artistas de verdadero temple y que trabajaron con un celo que sólo puede desarrollarse en los nobles ideales del espíritu.

A raíz del terremoto del 25 de Mayo de 1751, como se hubiesen destruído las bóvedas de ladrillo de su iglesia principal, el padre Haymhausen, las hizo reemplazar por otras de madera y al mismo tiempo dotó a la iglesia de una suntuosa torre y revistió sus murallas de maravillosas pinturas para la época, y ornamentó el templo con un lujo desconocido hasta la fecha. Si bien es verdad que en dichos arreglos no procedió en todo conforme con las reglas de la estética, pues se resentían del mal gusto, exagerada-

mente religioso de la época, parece que el padre Haymhausen y los jesuitas que lo secundaban, al obrar así, no lo hicieron por carencia de gustos artísticos, sino que por amoldarse a las tendencias entonces predominante.

Para confirmar este acerto, debemos hacer notar que la capilla particular de los padres, aunque muy distante de ser un modelo de arte, tenía obras de valer y ostentaba una severidad muy contraria al gusto de entonces.

En todo caso es indudable que los jesuitas influyeron grandemente en el desarrollo de nuestro arte, pues no sólo introdujeron artistas de mérito como pintores, escultores, relojeros; sino también obreros fundidores, ebanistas y plateros. Podremos citar entre muchos al padre Viterio que construyó el altar de San Ignacio, uno de los mejores de nuestra catedral. Entre los discípulos de los Jesuitas figuran: Fermín Morales; Ambrosio Santelices, escultor que murió allá por el principio de la revolución de la independencia y que talló el altar mayor de la antigua iglesia de San Diego, (hoy Biblioteca del Instituto Nacional) construyó esculturas muy interesantes en madera para el templo de las Capuchinas e hizo en madera el retrato de don Bernardo O'Higgins; Godoy, que construyó el altar mayor de San Agustín y por último el más interesante de todos, Ignacio Andía y Varela de quien hablaremos después.

Y por si esto fuera poco, no hay que olvidar que el padre Haymhausen instaló en la hacienda de la Calera ese maravilloso taller en que se fundieron, las campanas, custodias, cálices y relojes para las sacristías de nuestra catedral e iglesias de la colonia. Muchas de estas joyas se conservan hoy día y se guardan como preciado recuerdo en la sacristía de nuestra catedral de Santiago. Merece especial mención, entre estas joyas, un cáliz de oro cincelado que representa escenas de la pasión de Cristo, el sacrificio de Abraham, y la ballena arrojando a Jonás de su vientre. Estos grabados son de una finura tal, que es necesario lente para poder observar los detalles. Un famoso grabador que fué tallador de la casa de Moneda, Moulon, al estudiar este trabajo dijo: el artista que trabajó esta maravilla, por lo menos debió tener 20 años de ejercicio en el arte, e indudablemente cegó. Construyeron además un reloj de una exactitud rigurosa que funciona hasta hoy día en la sacristía de nuestra Catedral. Se conservan también las estatuas de los doce apóstoles y una gran tela de «La Mesa de la Cena».

Los padres Dominicos conservan también dos andas de plata repujada, la de la «Virgen del Rosario» y la de «Santo Domingo» y un frontal de altar mayor.

Ignacio Andía y Varela que floreció en los albores del siglo XIX, fué discípulo de los jesuitas y se ordenó de sacerdote después de viudo. Como pintor ejecutó algunos retratos de los capitanes generales y gobernadores de Chile, un retrato de Lacunza y un cuadro histórico «Un Parlamento de Indios», que, en la revolución de la independencia fueron destruídos por el pculacho.

Como escultor, nos dejó muchas obras de interés; la principal es el escudo español que Vicuña Mackenna hizo colocar en el cerro Santa Lucía, que estaba destinado para la entrada principal de la Casa de Moneda; también hizo en madera un escudo para el edificio de las Cajas de la Plaza de Armas de Santiago. En éste estaba representada España por el León de Castilla, quien tenía entre sus fauces un enorme caimán que representaba a América. Las dos pilas que están en el segundo patio de la Casa de Moneda, son también obras suyas.

Este artista murió por los años 1822 o 1823.

CAPÍTULO III

La Escuela Quiteña

Porque esta Escuela tuvo influjo, no sólo en Chile, sino también en toda la América Latina durante la Colonia

Negar el influjo que ejerció la escuela llamada Quiteña durante la Colonia no solamente en Chile, sino que también en todas las naciones americanas de habla española, sería negar la luz de la verdad.

Desde los tiempos de la conquista, tuvo Quito la suerte de ser favorecida con el envío de artistas y maestros por el monarca de la entorces nuestra Metrópoli.

Afortunadamente los nativos supieron aprovecharse de estas ventajas y surgieron verdaderos artistas, que no sólo dieron gloria a su país sino, que como más arriba decimos, influyeron poderosamente en el desarrollo del arte pictórico en nuestro joven continente. Nos referimos a Miguel de Santiago.

Fué éste, un mulato, que vivió por los años 1620-1680. Visitó España, conoció a las grandes lumbreras de la época, entre ellos a Velásquez y tuvo ocasión de admirar las obras de Zurbarán, Ribera y el Greco y demás estrellas de primera magnitud que produjo España en su Siglo de Oro. Pintó grandes telas que se recomiendan por lo bien compuestas y por su admirable ejecución.

Su sobrino y discípulo más aventajado, Gorívar González, sino alcanzó a pisar las gradas del maestro, dejó obras notables, como «Los Profetas» y «Los Reyes de Judá» que decoran las iglesias de los Jesuitas y de los Dominicos, respectivamente, en Quito.

Aunque Manuel Chili, indio nacido en Quito, conocido vulgarmente con el nombre de Caspicara, artista contemporáneo de los anteriores se distinguió principalmente como escultor, debe citarse también entre los maestros de esta edad de oro de la pintura Quiteña, pues dedicóse especialmente a la talla en madera y al policromado de ellas. Debemos agregar también al padre Carlos, escultor émulo y contemporáneo de Miguel de Santiago.

Desgraciadamente para nosotros, no nos llegó sino el reflejo

de las esplendorosas irradiaciones de estos grandes artistas. La razón es muy sencilla, y creemos que la hemos apuntado más arriba. Los conquistadores de Chile, no tenían en esa época ni tiempo ni libertad de acción, para otra cosa que no fuera combatir con los indómitos nativos.

A más de esto, habiéndose convertido la metrópoli del Ecuador, en un Emporio de obras de arte, ellos guardaban para sí las de valor, y exportaban a las colonias hermanas, cuadros y esculturas de poco, o más bien dicho, de ningún mérito artístico.

Poco más tarde en época que podríamos calificar de moderna, aunque de incipiente para nuestro arte, florecieron algunos buenos artistas, tales como Antonio Salas y sus hijos Ramón y Rafael; José Carrillo; Juan P. Sanz; Luis Cadena que estuvo en Chile, y recibió lecciones de Monvoisin y después fué nombrado por García Moreno director de la Academia de Bellas Artes de su país; Juan Manosalvas; Joaquín Pinto y Antonio Salguero que también vino a Chile en 1896.

Mas, como hemos apuntado arriba, a pesar de este íntimo contacto con nuestros hermanos los artistas ecuatorianos, insistimos, que el arte Quiteño no ha tenido gran influencia en el nuestro. (1).

CAPITULO IV

Los Precursores

Wood; Rugendas; Monvoisin; Pérez Rosales; José Manuel Ramírez Rosales; Gana; Mandiola y otros

Antes de entrar a ocuparnos de los tres artistas extranjeros que consideramos como los verdaderos precursores de nuestro arte, nos referimos a Wood, Rugendas y Monvoisin, debemos mencionar algunos dibujos y estampas históricas de viajeros ilustres que nos visitaron en épocas remotas. El padre Ovalle en su «Historia del Reino de Chile» publicado el año 1646, reproduce algunos toscos e infantiles dibujos de vistas de Valparaíso y algunos retratos de los gobernadores de Chile.

En el siglo XVIII, nos visitaron el ingeniero francés, Mr. Frezier, que levantó un plano de Santiago; los hombres de ciencia, españoles, Antonio de Ulloa y Jorge Juan, autores de «Las Noticias Secretas de América», insertan algunas cartas de las costas de Chile y varias viñetas, entre ellas un “Huaso Chileno”, y el italiano Petri, que ejecutó los retratos de los marqueses de la Casa Real y del Conde de la Conquista.

En el siglo XIX, después de la independencia, nos visitaron

(1).— Gran parte de estos datos los hemos tomado del magistral estudio que sobre «El Arte Quiteño», ha hecho el ilustre ecuatoriano don José Gabriel Navarro; ya que nosotros no hemos tenido la suerte de conocer los originales de los grandes maestros de la Escuela Quiteña.



Escuela Quiteña

"Inocencia"
Oleo 43 x 30 centímetros



Escuela Quiteña

"Retrato de viejo hidalgo"
Oleo de 186 x 102 centímetros

el retratista inglés Herbert, que tuvo cierta fama en nuestra sociedad y el italiano Dominiconi que siendo un aficionado llegó a eclipsar al anterior. Tuvimos además algunos extranjeros ilustres que con su lápiz nos dejaron verdaderos documentos gráficos de la sociabilidad Chilena de aquella época; entre estos podremos citar en primer lugar a la admirable artista inglesa María Graham, que a más de ser una escritora de espíritu delicado, fué también una dibujante de fino talento y de gran espíritu de observación. Otro artista interesante de esa época que podríamos citar, es Peter Schmidmeyer que publicó en Londres un libro sobre Chile en el que inserta treinta planchas con vistas del país.

Después de estos, podríamos enumerar también otros, aunque de menor importancia, entre ellos: Basil; Hall; Andrews; Miers; Samuel Haigh; Caldeleugh; Proctor; Poeppig; Stevenson; Dampier; König, etc.

*
* *

El ingeniero, teniente-coronel Inglés, Carlos Wood a quien hemos dicho consideramos como uno de los tres grandes precursores de nuestro arte, nació en Liverpool el 26 de Abril de 1792. Habiendo venido a América enrolado en una comisión científica, después que pisara playas americanas, domicilióse en Boston y allí se dedicó con entusiasmo al estudio de la pintura, y toma parte en una expedición científica enviada por los Estados Unidos de Norte América a las costas del Pacífico; llegó a Chile en 1820, y encantado de las dulzuras del clima, se radicó en el país. Se enroló en el ejército Chileno-Argentino, que iba a combatir por la independencia del Perú, y, como su fama de artista hubiese cundido a la par que la de guerrero, el Gobierno de aquel país lo comisionó para que le confeccionara un pabellón y escudo, trabajos que fueron aceptados y muy aplaudidos. El Gobierno de Chile más tarde le encargó igual trabajo y nuestro escudo es obra de él.

Sin abandonar su carrera militar, pues en tal calidad lo vemos más tarde acompañando al general Búlnes en su expedición al Perú; no hubo en Chile por aquel entonces obra de ingeniería en que Wood no fuera consultado, y él tuvo la gloria de trazar el primer ferrocarril que se construyó en Sud-América; nos referimos al que une Caldera con Copiapó.

Habiendo formado su hogar en Chile, sus hijos Carlos, Jorge y Roberto, siguiendo sus huellas fueron también distinguidos jefes de ejército que tomaron activa parte en la guerra del Pacífico. Jorge dedicóse también a la pintura y nos ha dejado muy bellas obras, entre las que sobresalen algunas acuarelas y apuntes, recuerdos de su campaña. Naturalmente que las aptitudes de su hijo no estuvieron a la altura de las de su padre.

Sintiendo deseos de volver a visitar su patria, obtuvo permiso del Gobierno para ir allá. Desgraciadamente murió allí a los 65 años de edad, el 19 de Febrero de 1856. Sintiendo cercano su fin,

con insegura mano, el mismo trazó los planos de su mauseleo que guarda sus restos en “Kensal Green” de Londres.

Fué el pintor Wood, principalmente acuarelista, de una excelente ejecución y hábil dibujante. Como es natural, sus temas preferidos fueron sus asuntos guerreros tanto militares como navales, sin que desdeñase por eso el paisaje y el retrato. Si él hubiera vivido en un ambiente más refinado, seguramente que habría llegado a ser un artista de fama mundial.

Entre sus obras citaremos sus acuarelas “La Toma de la Esmeralda por Lord Cochrane en el Callao”; “El Faro de Edingstone”, “Buques en la Bahía de Valparaíso”, “Batalla de Yun ay”, “La Cuesta de lo Prado”, “El Desierto de Atacama” etc., etc.

*
* *

JUAN MAURICIO RUGENDAS nació en Augsburgo en 1799 y era descendiente de una familia de pintores.

Desde niño manifestó gran inclinación por la pintura e hizo sus primeros estudios en la Academia de Munich, donde fué discípulo del famoso ilustrador de la Biblia, Julio Schnorr. El año 1821 hizo un viaje al Brasil acompañando a un diplomático alemán. En este país permaneció cinco años y allí escribió su “Viaje Pintoresco al Brasil” que publicó en París a su regreso a Europa. Después de una visita a Italia, retornó a América y recorrió Argentina, Chile, Bolivia y Perú enriqueciendo su cartera con apuntes, retratos de aborígenes, paisajes y principalmente escenas de costumbres.

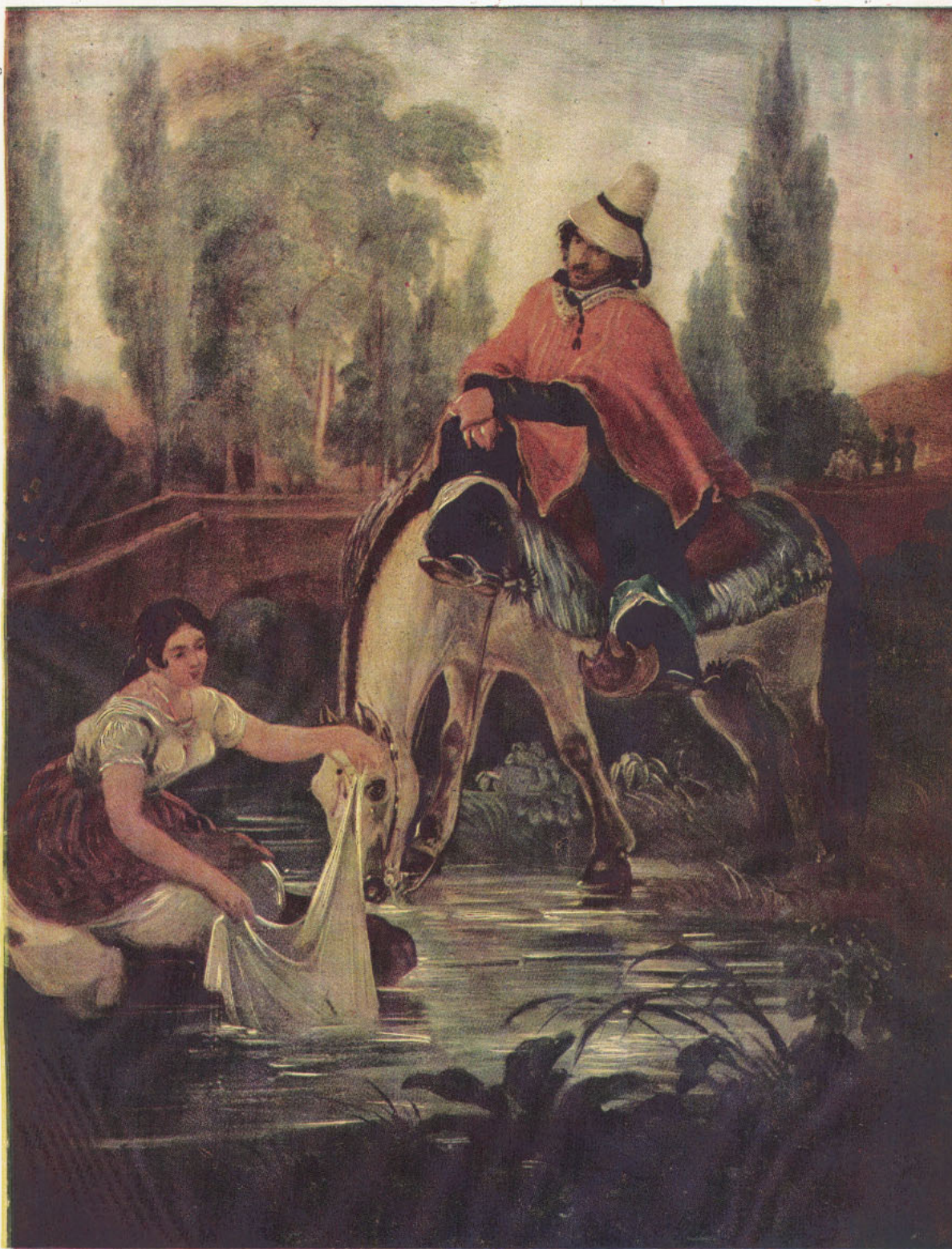
En Chile permaneció varios años y se dedicó especialmente a estudiar las costumbres araucanas y criollas. Pintó muchos cuadros entre los que sobresalen “La Batalla de Maipú”, “La Laguna de Aculeo”; “El Rapto de Trinidad Salcedo por los Indios de Pincheira” etc. Sus apuntes los utilizó el historiador Gay para la formación de su atlas de la “Historia de Chile”.

En 1847 regresó a París y más tarde hizo un viaje a América, visitando esta vez a Méjico.

A su regreso a Europa, se estableció en Munich donde vendió sus dibujos al rey de Babiera. Murió en Weilhein el año 1858.

Rugendas fué el creador entre nosotros de la pintura de género, tenía bastante conocimiento en el estudio de los animales, daba muy bien el movimiento a las figuras, caracterizaba acertadamente al paisaje, sobresaliendo en el dibujo y en la composición.

Entre sus imitadores citaremos; a Ernesto Chartón, que exhibió allá por el año 1858 cuadros de costumbres estilo Rugendas y que más tarde fué nombrado director de un liceo de bellas artes de Ecuador, y al pintor chileno José Tomás Vandorse, que ejecutó en el mismo estilo, un cuadro que representa la “Batalla de Chacabuco”, existente en el Museo Histórico y una copia del maestro de la “Batalla de Maipo”, y al pintor genovés Giovato Molinelli que pintó una vista de la antigua Iglesia de San Lázaro, ubicada en la cañada de Santiago.



Rugendas Juan Mauricio

"El Huaso y la Lavandera-1835"
Oleo 23x29 centímetros

Indudablemente, de los tres pintores extranjeros que hemos llamado precursores de nuestro arte, el que más influyó en él, fué el pintor Raimundo Augusto Quinsac Monvoisin.

Nació este artista en Burdeos el año 1795, y allí hizo sus primeros estudios de pintura bajo la dirección del maestro Saconi. Más tarde en París se perfeccionó en el taller del célebre pintor Guerin, llegando a ser uno de los discípulos más célebres de este maestro, que formó esa pléyade de artistas eminentes de la escuela romántica de 1830.

En 1821 fué nombrado pensionado de la Escuela de Médicis, y en 1822 obtuvo el premio de Roma. Ganó también más tarde, medallas de oro en París los años 1831 y 1837.

Se dice que su venida a Chile tuvo por causa las mordaces sátiras del conocido novelista Paul de Kock quien escribió la novela que intituló "Mon Voisin Raymond" haciendo un retruécano con su nombre. Otros dicen que se decidió a emigrar a causa de dificultades domésticas o por no haber obtenido el puesto de profesor en competencia con H. Vernet, pero lo más probable es que su venida a América es debida a las promesas que le hiciera don Francisco Javier Ramírez y su hermano el artista don José Manuel Ramírez Rosales, encargado de negocios de Chile en Francia, de nombrarlo director de una Escuela de Bellas Artes que se pensaba fundar en Chile, y a más las posibilidades de encontrar trabajo bien remunerado.

Sea cualesquiera la causa de su venida a Chile, este distinguido artista llegó a Santiago el año 1845, e hizo una exposición de sus obras que despertó en nuestra sociedad gran entusiasmo y todos se disputaban a porfía el honor de ser retratados por tan gran artista.

Su pincel fecundo abarcaba todos los temas, desde el gran cuadro de composición, al retrato y al paisaje. En nuestro país, se dedicó principalmente al retrato y los hizo muy buenos, regulares y malos, según fuera el interés que le despertaba el modelo. Cuando se encontraba ante una bella dama o un hombre de talento superior, su producción era sobresaliente y conseguía retratar el alma del modelo. Nuestro ilustre hombre de letras don Benjamín Vicuña Mackenna supo juzgar a Monvoisin con este juicio: "Sabía ser grande, mediocre o malo, según su capricho, su ganancia o su gloria". (1)

(1) Dice don Diego Barros Arana que el taller de Monvoisin tomó en Chile casi los caracteres de una fábrica, estuvo asociado con una joven francesa Clara Fileul, que tomó una parte principal en el trabajo de retratos, que era el que daba movimiento y utilidades al taller. Monvoisin pintaba las cabezas, y en ocasiones delineaba o bosquejaba los cuerpos, que su asociada se encargaba de pintar. Un retrato de medio cuerpo valía seis onzas de oro, si llevaba manos se pagaba una onza por cada

Sería largo enumerar la inmensa producción de cuadros de este fecundo artista, fuera de la gran producción de retratos ejecutados en el país, muchos de ellos de mérito sobresaliente.

Podríamos citar: “El Río Escamandro”; “Sixto V”, “Alí Pachá”; “El Niño Pescador”; “Abelardo y Eloísa”; “El 9 Termidor”; “Aristodemo”; “La Batalla de Denain”, “La Madre del Artista”; Blanca de Beaulieu”, “Los Girondinos”, “La Misa”, “Elisa Bravo”, “Captura de Caupolicán” etc. Algunos de estos cuadros y muchísimos retratos han quedado en Chile.

Aunque en nuestro país no tuvo cargo oficial alguno, en su paso por él, formó numerosos discípulos, entre los que citaremos a Luis Cadenas, ecuatoriano; Gregorio Torres y Procesa Sarmiento, argentinos; Gregorio Mira, que como dice Vicuña Mackenna, no ejerció la pintura como profesión, pero sí, produjo lo bastante, para conservar su nombre entre los primeros chilenos que la cultivaron, a Juan Bianchi, y al principal de todos Francisco Javier Mandiola, a quien dedicaremos párrafo aparte, a Domingo Matta y Santiago Saldívar, ambos muertos prematuramente y a José Gil, retratista y pintor de imágenes de la Escuela Quiteña.

Monvoisin regresó a Europa en 1858 y falleció en Boulogne el 1.º de Abril de 1870.

*
* *

Ya que hemos dado la biografía de los precursores extranjeros, creemos que está en su sitio el hablar de aquí de los precursores nacionales.

Mencionaremos a los aficionados José Zegers, Borget, Giorgi, José Gandarillas y Zubicueta y pasamos a ocuparnos de los más importantes. Antonio Gana, Vicente Pérez Rosales, Francisco Javier Mandiola y José Manuel Ramírez 1804, 1876, discípulo de Raymond.

ANTONIO GANA, malogrado artista que nació el año 1822 y murió en alta mar, frente a Chiloé el 20 de Marzo de 1846, creemos de justicia colocarlo a la cabeza de los precursores chilenos no por las obras que nos dejó, sino por haber sido el destinado por el Presidente Búlnes, para organizar y dirigir la academia de bellas artes que sólo pudo inaugurarse tres años después de su muerte.

En efecto, convencido el Gobierno, de sus méritos como artista, en 1842 lo envió a Europa a perfeccionar sus estudios, con el objeto antes dicho, pero su prematura muerte ocurrida en su viaje de regreso, impidió la realización de tal proyecto.

Por el motivo antes dicho, no nos alcanzó a dejar muchos cuadros pero los bosquejos que de él quedaron demuestran que el joven artista prometía mucho.

una. En los retratos de señora, Monvoisin solía adornarlos con encajes. Estos eran pintados mecánicamente por decirlo así; ejecutados por la aplicación sobre la tela de un trozo de encaje empapado en pintura, procedimiento que ya había usado Monvoisin en Francia, cuando pintaba retratos de algunas damas antiguas para el Museo de Versalles.

Entre sus telas debemos citar “La Bella Jardinera” copia de Rafael, un retrato del Presidente Búlnes; una cabeza de viejo, una cabeza de hombre con golilla, etc.

El maestro Cicarelli contemplando uno de sus bosquejos “Un Gladiador” exclamó: ha sido un pecado que este joven haya muerto.



Aunque parezca extraño, no hemos trepidado en incluir entre los principales precursores de la pintura nacional al eminente y popular literato don VICENTE PÉREZ ROSALES.

Decimos que pueda parecer extraño, porque entre todas las biografías de Pérez Rosales que nos han llegado a la mano, no hemos leído nada que se refiera a la labor del arte que nos ocupa. Más por el óleo cuya reproducción fotográfica incluimos en este catálogo, un álbum (1) con apuntes, dibujos, acuarelas y óleos que poseemos y otros trabajos en el ramo que hemos tenido ocasión de admirar, nos ha parecido, de que sin que puedan tacharnos de avaros, los que cultivan las bellas letras, lo incluyamos también en nuestro gremio. Lo uno no se opone a lo otro, pues todas las artes se hermanan.

Hijo de don José Joaquín Pérez y de doña Mercedes Rosales, nació don Vicente en Santiago el 5 de Abril de 1807.

No pretendemos hacer su biografía, pues estimamos que pocos serán los chilenos cultos que no hayan gustado las sabrosas páginas “Recuerdos del Pasado”, fuente a donde han recurrido casi todos sus historiadores. Solo sí queremos hacer un homenaje a su memoria, recordando las vicisitudes de su asendereada y patriótica existencia.

En 1814, es decir, cuando apenas contaba siete años, lo vemos acompañando a su padre en el destierro a Mendoza, donde cursó las primeras letras en una escuela de dicha ciudad. Antes de cumplir los quince años, por una mala inteligencia de la palabra incorregible, es embarcado en un velero inglés cuyo capitán tuvo la crueldad de dejarlo abandonado en una playa inhospitalaria. Restituído a su hogar, partió a poco acompañado de otros amigos a París, donde ingresa al colegio del ilustre literato español don Manuel Silvela, y recibe lecciones del poeta Maury, Ferreira y de Moratín. En esa época tiene ocasión de conocer y relacionarse in-

(1) La anteportada del album, trae la siguiente anotación firmada por el maestro Onofre Jarpa:

“Este álbum fué de don Vicente Pérez Rosales, a quien conocí en casa de su gran amigo don José Antonio Alvarez. Don Vicente se lo dejó a la señorita Dolores, hija de don José Antonio, cuyas obras de pintura celebraba mucho. Ella lo conservó con mucho cariño hasta su muerte y en su testamento me lo legó a mí, que también lo he considerado como obra de arte exquisito que revela la educación artística del señor Pérez Rosales y también por su valor histórico.—(Firmado).—Onofre Jarpa”.

El señor Jarpa ha tenido la gentileza de obsequiar al autor de este trabajo, dicho álbum.

timamente con San Martín, Egaña, Bello, Irizarri y otros ilustres americanos.

De regreso a Chile en 1830, recorre el país de norte a sur, luchando en todas las formas con la existencia y ejerciendo todos los oficios; tanto es minero, como agricultor, comerciante y hasta *contrabandista*. Más tarde va en busca del oro a California y vive en el Oregón, Sierra Nevada y Monterrey.

Regresa a su país el año 1848 y en 1850 es nombrado agente de colonización en el sur, y funda las colonias de Llanquihue. En 1858 es enviado a Hamburgo como agente de colonización y Cónsul Chileno. En 1859 intendente de Concepción y en 1871 senador por Llanquihue.

Murió en Santiago a la edad de 79 años, el 6 de Septiembre de 1886.

Respecto a su labor artística nos atenemos al juicio que de él hace el maestro Onofre Jarpa.

JOSÉ MANUEL RAMÍREZ ROSALES.—Aunque de este aventajado pintor no hagan referencia los ilustres escritores que han escrito sobre nuestro arte, probablemente porque su labor artística se desarrolló principalmente en Europa, nosotros no hemos trepido en colocarlo no sólo, entre nuestros precursores por tratarse de uno de los más aventajados pintores que produjo Chile independiente, sino también por ser un artista de fuste y sus cuadros de gran belleza y buen gusto.

Hijo de don Francisco de Paula Ramírez y de doña Gertrudis Rosales Larraín, nació don José Manuel el año 1804.

Muy joven todavía se trasladó a Europa junto con esos distinguidos chilenos, que más tarde tan lucido papel hicieron en nuestro país, entre los cuales podríamos citar a don Vicente Pérez Rosales.

Allí se dedicó de lleno a sus aficiones artísticas, recibiendo lecciones de Raymond. En París cultivó amistad con Teodoro Rousseau y principalmente con Raimundo Monvoisin, quien hizo de él dos magníficos retratos, dignos de figurar en cualquier museo, y esta amistad tuvo grande influencia en la venida del maestro francés a Chile.

Hemos tenido ocasión de conocer y admirar en casa de su hija doña Luisa Ramírez Rosales Cortés, gran parte de su producción, entre cuyas telas figuran: dos marinas que representan el “Combate de la “María Isabel con la Esmeralda”; “La Esmeralda navegando en un mar tempestuoso”; “El Molino”; algunos paisajes con castillos y cielos tormentosos y varios dibujos hechos al estilo de los pintores románticos tan de moda en aquella época.

Murió este distinguido artista el año 1877.

Cuentan de él también la siguiente curiosa anécdota: Habiéndosele encargado una imagen de San Pedro, encontró en la calle

a un mendigo que por su desgredada y poblada barba, pensó que sería el modelo ideal, para tal objeto. Inmediatamente cerró trato con él y aún le adelantó algunos pesos, con el objeto que fuese a “posar” al día siguiente.

A la hora convenida, compareció a su taller un anciano relativamente acicalado, correctamente peinado y que se notaba que recién venía de rasurarse. Preguntóle el artista que se le ofrecía, y el anciano con cierta sonrisa de satisfacción por no haber sido reconocido, le contestó que venía para el trabajo que habían quedado convenido el día anterior.

El artista reconoció entonces a su modelo y tomándose la cabeza con ambas manos exclamó:

—¡Pero bárbaro! ¿qué has hecho? ¡Te has afeitado la barba que yo necesitaba!

—Pero como quería su mercé que viniera a su casa en la facha tan desastrada que me encontró ayer.

Tableau!

FRANCISCO JAVIER MANDIOLA, el decano de los pintores chilenos y el más grande de sus precursores, nació en Copiapó el 3 de Febrero de 1820. Sus padres, don José Ignacio Mandiola y Vargas y doña Manuela Campo y Castillo pertenecían a las más distinguidas familias chilenas y eran poseedoras de una regular fortuna, lo que les permitió dar al futuro artista una educación de lo más completa para la época. Así, después de cursar las primeras letras en la ciudad de Copiapó, de gran auge en aquella época, lo enviaron a la capital donde terminó sus estudios en los colegios de Zapata y Romo, que eran los planteles de educación de más fama de aquel entonces.

Desde niño, en la escuela, la vocación artística de Mandiola se reveló, y más tarde en el colegio de Romo fué el discípulo más aventajado del profesor de dibujo de aquel establecimiento, don José Lastra, hijo del ilustre general, a quien sucedió Mandiola en dicha cátedra apesar de su corta edad.

A los 21 años, estableció su hogar, uniendo su nombre al de la distinguida dama doña Carmen Luco y Varela, de la que tuvo numerosa descendencia.

A poco de llegar a Chile el insigne pintor francés Monvoisin, el joven artista pasó a trabajar con él, en Octubre de 1844 y en la escuela de dicho maestro, labró su futuro renombre.

Al año siguiente, en Septiembre de 1845, habiéndose organizado bajo los auspicios del Gobierno una exposición, Mandiola se reveló obteniendo en ella una medalla de oro.

El año 1849, principió a funcionar la Academia de Pintura, decretada poco antes por el Supremo Gobierno, gracias a los influjos de distinguidos aficionados como don José Gandarillas y don Pedro Palazuelos, y a ella ingresó Mandiola a completar sus estudios artísticos.

Mandiola no dejó de presentarse a ninguna de las exposiciones que con irregularidad se celebraron hasta el año 1883 y a las anuales que desde esa fecha siguieron efectuándose y siempre sus numerosos trabajos despertaron el interés de los entendidos y del público en general. En la Exposición Internacional de 1875 obtuvo diploma de honor.

Murió el ilustre maestro a la avanzada edad de 80 años, en Santiago el 5 de Febrero de 1900.

Dedicó todas sus energías al retrato y a cuadros religiosos, inspirándose algunas veces para estos, en estampas de maestros clásicos. Hizo notables copias, de su maestro Monvoisin, algunas de Murillo y fué muy celebrada la famosa "Venus" de Gutiérrez, que manos sacrílegas entregaron a las llamas.

El fuerte de Mandiola fué el colorido, pintaba con esmero trozos del natural y alcanzaba notas de color delicadas y robustas.

Su obra fué fecunda, aunque no muy variada; algunas telas de tipos nacionales, algunos cuadros de iglesia y un sinnúmero de retratos.

Mandiola tenía una facilidad admirable para imitar el colorido y la manera de pintar de los maestros españoles: Murillo, Velázquez y Goya, lo que indicaba claramente como había estudiado y comprendido las cualidades características de cada uno de ellos.

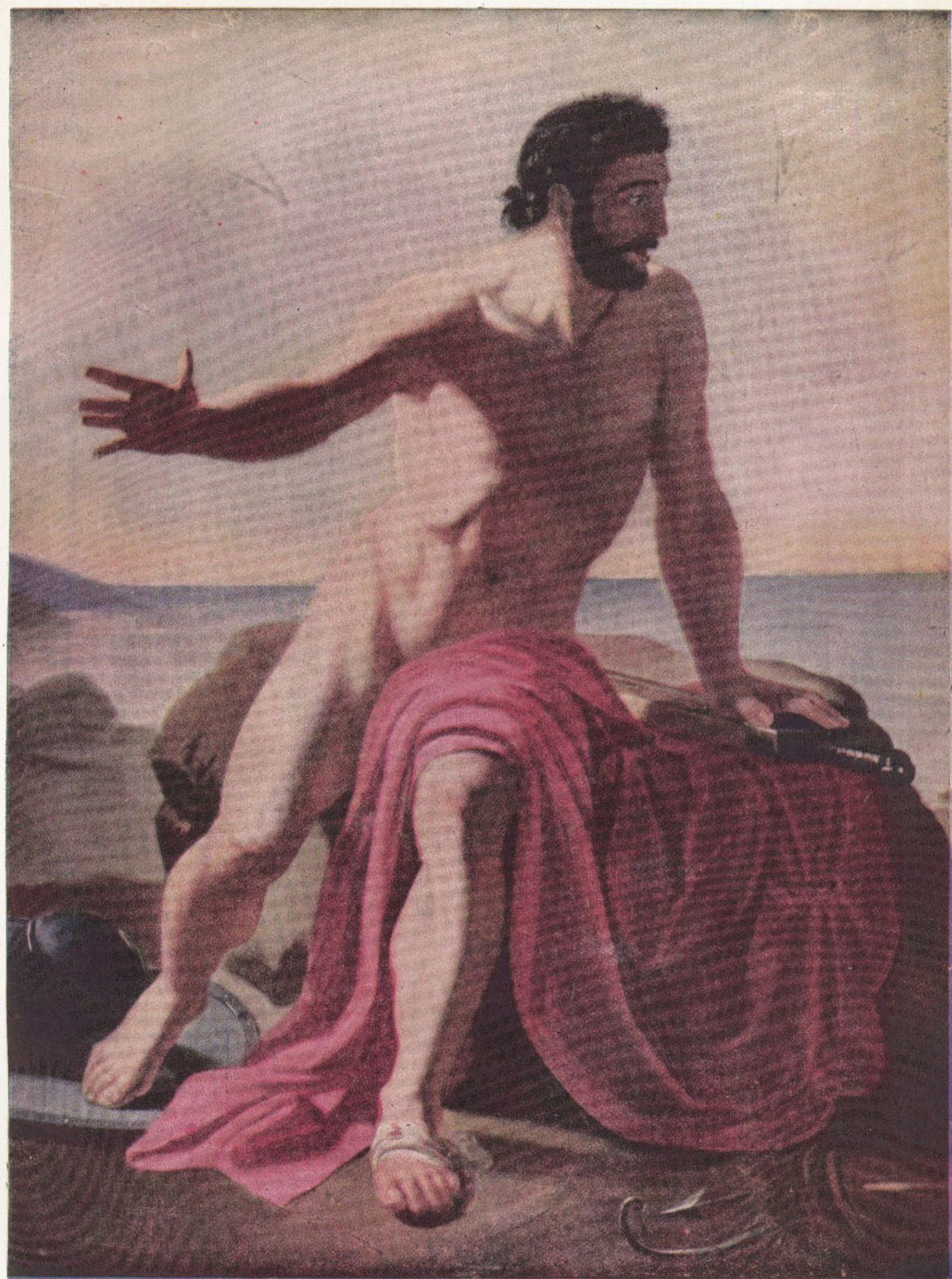
De este pintor cuenta la crónica una curiosa anécdota, relacionada con una de nuestras mejores joyas de nuestro Museo de Bellas Artes, cual es la Virgencita de Murillo.

Cuentan que dicha Virgen era de propiedad de dos señoras, y que gozaba de gran fama de milagrosa. Habiendo llegado a oído de Mandiola, la belleza de dicho cuadro, fué a visitar a las piadosas señoras y después de convencerse del gran mérito artístico, les ofreció por ella la suma de cien pesos, por aquel entonces, una fortuna. La oferta era tentadora, más a las religiosas señoras no dejaba de dolerles, separarse de una imagen que tantos milagros les había hecho. Mandiola para todo encontró arreglo y les prometió darles a más de los cien patacones, otra imagen igual en bellezas y cualidades milagrosas.

Desprendiéronse ellas de la imagen y Mandiola fabricó una copia, que sinó idéntica; era capaz de engañar a cualquier ojo profano.

A oídos de un turista, amante de las bellas artes, llegó la noticia de que en Santiago, existía un Murillo auténtico, e inmediatamente se vió con las señoras para obtener que les vendiese la imagen, ofreciendo por ella la suma de doscientos pesos. Las señoras pensaron que el alza del valor de su cuadro era otro prodigio de la milagrosa imagen, y así no tuvieron inconveniente en acceder, siempre que el comprador se comprometiese a entregarles otra copia igual.

El turista aceptó la oferta, y como en aquel entonces no había otro pintor que Mandiola capaz de ejecutar dicha copia, fué inmediatamente a su taller para recomendarle el trabajo. Man-



Cicarelli Alejandro

"Filoctetes"
Óleo 75x62 centímetros

diola se rió mucho de la mistificación y le contestó que el Murillo legítimo estaba en su poder y que no se deshacería por ningún precio, a no ser en beneficio de las bellas artes de su patria.

Más tarde se vendió al Museo de Bellas Artes y aunque su autenticidad no está comprobada, es una obra de gran belleza que haría honor a cualquier museo del mundo.

Don Vicente Grez, que tanto trabajó por difundir el culto de lo bello en Chile y que era una opinión en la materia, declaró, cuando lo compró el Museo, que al no ser un Murillo auténtico, debería ser pintado por un artista que valía tanto como él.

CAPITULO V

Fundación de la Academia de Bellas Artes

Cicarelli y sus discípulos.--- Nicolás Guzmán Bustamante, Antonio Smith, Manuel Antonio Caro, Pascual Ortega, Miguel Campos

Por fin terminado el conflicto con nuestros vecinos del norte, pudo el presidente Búlnes realizar su ideal desde antiguo acariciado y el 4 de Enero de 1849 fué firmado el decreto en que se fundaba la Academia de Bellas Artes y dictaba su reglamento.

Las épocas batalladoras de la independencia y la de la organización de la República, no fueron a propósito para desarrollar el gusto por las bellas artes. A nuestra sociedad, no le interesaban los artistas y un pintor era considerado como un artesano cualquiera, teniendo aún en su contra cierta malevolencia y desprecio de parte del público. Así, decidida vocación debería tener un artista para que se dedicara a su profesión, pues sabía que ni la gloria, ni la fortuna, coronarían sus éxitos y sí tendría que sufrir muchos sinsabores, desengaños y hasta humillaciones.

Con la fundación de la Academia, principia para nuestro arte una nueva era, y la fecha de su nacimiento, podemos considerarla también como la fecha verdadera del nacimiento del arte nacional.

* * *

Fué primer director de la Academia el artista italiano Alejandro Cicarelli nacido en Nápoles el año 1811 y muerto en Santiago de Chile el 6 de Mayo de 1874. Inició su carrera artística en el Instituto Real de Bellas Artes de Nápoles, y en 1833 obtuvo en la exposición de bellas artes de dicha ciudad la gran medalla de plata por su cuadro «Arquímedes».

Pensionado por oposición en Roma no tardó en sobresalir, y allí pintó sus mejores cuadros entre los cuales citaremos «Filoctetes Abandonado» y «Telémaco» que fueron premiados en Roma el año 1839 con segundo premio mayor con medalla de oro y que se en-

cuentran actualmente en el Museo de Nápoles; «El Joven Tobías»; «El Hijo Pródigo»; «La Batalla de Pavia», etc. y principió su «Revista Militar del Rey Fernando II de Nápoles», en obsequio a su M. I. el Archiduque Carlos de Austria, cuadro de grandes dimensiones que fué considerado por el artista como su obra maestra y que exhibió varias veces en Santiago.

Nombrado profesor de S. M. R. doña María Teresa de Borbón, esposa del emperador del Brasil, hubo de trasladarse a dicho país donde terminó su «Revista Militar» y pintó cuadros de gran aliento que le valieron ser nombrado por S. M. el Emperador Pedro II «Caballero de la Orden Imperial de Cristo».

Próximo a concluir su contrato con el Gobierno Brasileño, en 1848 fué llamado por el Gobierno de Chile, para que viniera a hacerse cargo de la Academia de Pintura y de la cual fué su Director hasta el año 1869, fecha en que sintiéndose mal de salud obtuvo su jubilación.

Ya por ese entonces, se había despertado en nuestro país, entre la gente culta, gran entusiasmo por la pintura, prueba de ello es la solemnidad que revistió la fiesta de la inauguración de la Academia Chilena de Pintura, el 9 de Marzo de 1849.

A ella asistió S. E. el Presidente de la República don Manuel Búlnes, el Ministro de Instrucción Pública don Salvador Sanfuentes, parte del Cuerpo Diplomático, y todo lo que había de intelectual en Santiago.

Cicarelli pronunció un conceptuoso discurso, hicieron uso de la palabra varios letrados y poetas, entre ellos don Jacinto Chacón que con un malito poema, en los versos siguientes, pedía al maestro Cicarelli:

Derrama el sacro fuego

Y crea aquí Cánovas y Rafaelles...

¡No era poco exigir!

Su labor en Chile fué menos interesante que la que hizo en el extranjero, debido principalmente al medio ambiente que aquí encontró.

Si como pintor no estuvo a la altura de Monvoisin, sin embargo, su dibujo era puro y correcto, componía bien y principalmente daba gran importancia al claro-oscuro sin importarle gran cosa las medias tintas. Como maestro era excelente y tanta importancia daba al dibujo que continuamente decía a sus discípulos: «El dibujo es la gramática del arte».

En 1853 contrajo matrimonio con una distinguida dama chilena doña Rosa Vilches y Moreira y fué tanto el amor que tuvo por este país, que llegó has'a hacerse ciudadano chileno.

Cicarelli dirigió nuestra academia hasta el año 1871, época que se retiró a la vida privada, sucediéndole en dicho puesto el artista alemán Ernesto Kirchbach, que ya había sido contratado por el Gobierno el año anterior.

Pasaremos a hacer un esbozo de biografía de algunos de sus principales discípulos, quienes están hoy día consagrados como

fundadores de nuestro arte, y enumerar, aunque el nombre de algunos se nos escape, a sus numerosos alumnos que nos han honrado con sus trabajos y difundido, apesar del escaso, o más bien dicho, ningún ambiente, de aquella época, el amor a las bellas artes.

*
* *

Discípulo de Cicarelli es el artista pintor de composición, Nicolás Guzmán Bustamante.

Nació el año 1850 y desde muy joven se dedicó a la pintura, llegando a obtener a los 25 años de edad, en la Exposición Internacional de 1875, un segundo premio por su popular cuadro «La Muerte de Pedro de Valdivia», tan reproducido por el grabado y que puede admirarse en nuestro Museo Histórico. Desgracia irreparable ha sido que su tela «El Hundimiento de la Esmeralda» que obtuvo primera medalla, hubiese sido destruido por el terremoto e incendio de Valparaíso el año 1906, en circunstancia en que se exhibía en el teatro de la Victoria.

Ejecutó este distinguido artista varios otros cuadros de composición, mereciendo siempre los aplausos de la crítica inteligente.

Era un magnífico dibujante que había hecho profundos estudios sobre la anatomía artística y descolló siempre en el cuadro de composición.

Murió pobre y olvidado el 12 de Febrero de 1928.

* * *

ANTONIO SMITH, el notable y popular artista a quien podríamos calificar como el padre del paisajismo en Chile, nació en Santiago en 1832 y murió en la misma ciudad el año 1877.

Su padre fué un distinguido caballero escocés y su madre doña Carmen Irizarri, era hija del patriota y escritor D. Antonio José Irizarri.

Hizo sus estudios en el Instituto Nacional, y el año 1849 entró a la Academia de Pintura.

Tres años más tarde, ingresó al ejército y mandado de guarnición a Chillán contrajo allí matrimonio con doña Rosaura Canales de la Cerda.

Vuelto a Santiago, entró como empleado a una sociedad de seguros intitulada «El Porvenir de las Familias» de la que era gerente su íntimo amigo el ilustre uruguayo don José Arrieta.

En 1858, colaboró como dibujante en la revista «El Correo Literario», llamando sus páginas la atención del público por sus notables caricaturas políticas, género poco conocido en Chile y del cual lo podríamos considerar como uno de sus iniciadores.

Vencida la revolución del 59 de la que él, era ardiente partidario, se fué a Europa a continuar sus estudios y después de una corta estada en París y un viaje a Estados Unidos a donde fué a solicitar dinero de su abuelo don Antonio J. Irizarri, ministro de

Chile en Washington, se estableció en Italia, donde tomó lecciones del insigne paisajista Carlos Markó.

Regresó al país en 1866 y desde esta fecha, hasta su muerte, dedicóse por entero a la pintura del paisaje, siendo los alrededores de Santiago los temas principales de sus trabajos.

Era Smith el tipo del «Bohemio incorregible», como lo llama don Vicente Grez y el temperamento soñador de su carácter se refleja en sus telas de tal manera que es imposible contemplar sus obras sin que el alma se conmueva. Sus puestas de sol, sus claros de luna y sus mañanas esplendorosas, aunque con pocas variaciones son siempre el reflejo de su alma romántica.

Smith, no pintaba propiamente del natural, ante la naturaleza, hacía sus dibujos y anotaba los colores con una nota literal al lado de cada objeto y en seguida en el taller desarrollaba el tema. De aquí proviene el sello de originalidad de sus cuadros, en los que el alma más que sus ojos trabajaba para su ejecución.

No colocaba figuras ni aún edificios o cabañas en sus paisajes, como temeroso de que éstas empañasen la poderosa visión de la naturaleza que en él se reflejaba.

Una de sus mejores obras, “Puesta de Sol en Peñalolén”, obtuvo primer premio en la exposición del año 1875. Muy interesante son también la serie de cuatro paisajes titulados: “Las Cuatro Horas del Día”. Podemos también citar “Una Pequeña Cascada”, “El Valle de Santiago”, “Bosque Indígena”, “Noche de Luna”, etc.

Smith formó escuela y despertó entre los artistas de la época, el amor al paisaje.

Para dar una idea del temperamento artístico de este pintor, y el grado de respeto y estimación que tenía por el arte, vamos a relatar la siguiente anécdota, recogida de los labios mismos de una de sus hijas.

Cuenta que un día se paseaba Smith en compañía de su amigo don Vicente Grez, y en su conversación se quejaba de sus quebrantos pecuniarios, cuando se encuentran con un acaudalado financista que dirigiéndose al artista le dice: Celebro verlo, pues deseaba ir a su taller a encomendarle la ejecución de un paisaje netamente chileno. Debe tener por fondo la cordillera de los Andes; a la derecha, un grupo de grandes árboles; al centro, un estero y a la izquierda grandes piedras, rogándole no omitir ninguno de estos detalles, pues deseo regalarlo a un amigo extranjero que regresa a su patria y quiero lleve un recuerdo de nuestro país. Si necesita dinero para la compra de materiales, tendré mucho agrado de hacerle un adelanto.

Don Vicente estaba feliz por la llegada tan oportuna de este Mecenas, y por señas manifestaba a su amigo su satisfacción, pero cuál no sería su sorpresa y asombro cuando Smith se niega a recibir tan oportuno auxilio, y una vez que este señor se hubo marchado, dirigiéndose a su amigo le dice: Este señor se figura que las obras de arte se hacen sobre medida y al gusto del consumidor;



Ortega Pascual

"Napolitana"
26x35 centímetros

yo no podría ejecutar ninguna obra pictórica sin antes haber recibido la inspiración de la naturaleza.

Con razón nuestra relatora, nos añadió: los artistas son gloria para la patria y hambre para la familia.

*
* *

Contemporáneo al anterior y tanto o más popular que aquél, es Caro, cuyas telas son verdaderos documentos históricos y a quien creemos poder hacerlo figurar entre los creadores de los cuadros de composición histórica y de costumbres populares; del mismo modo que no fué injusticia el que a Smith lo hubiéramos colocado entre los padres del paisajismo criollo.

Manuel Antonio Caro nació en Valparaíso el año 1835 y murió en 1903.

Se educó en el colegio de los Padres Franceses de ese puerto, donde recibió sus primeras lecciones de dibujo, demostrando desde niño gran afición por la pintura.

En 1859 se trasladó a Europa, donde recibió lecciones durante siete años del célebre pintor francés Pablo César Gariot. A su regreso a Chile, obtuvo ruidosos triunfos con sus cuadros históricos y de costumbres chilenas que, como hemos dicho, dieron la nota alta en su carrera artística.

Sobresalió también en el retrato, al que se dedicó especialmente a su regreso a Chile, pero como lo hemos repetido, su gran mérito consiste en haber hecho cuadros de composición.

Entre sus telas citaremos: "El Velorio", "El Rodeo", "La Zamacueca" y "La Abdicación de O'Higgins" que es un verdadero documento histórico, pues todos los personajes que en dicho cuadro figuran, son retratos de los políticos de aquella época.

*
* *

PASCUAL ORTEGA.—Nació en Santiago el 5 de Diciembre de 1839 y murió el 22 de Diciembre de 1899. Fué pintor de géneros, retratos y flores; a la edad de 14 años ingresó a la Academia de Pintura, en donde recibió lecciones del maestro napolitano Cicarelli.

En 1868 fué enviado a Europa. En Francia se incorporó a la Escuela Imperial de Bellas Artes y tuvo como profesor de pintura a Cabanel. Viajó por Italia, Bélgica, España y Alemania; en este último país vendió su gran cuadro "Laura de Noves".

A su regreso a Chile, en 1873, tuvo que dedicarse, por razones económicas, principalmente al profesorado y a pintar retratos.

Entre sus cuadros citaremos "El Minero", "Soldado Rezagado", "San José", "La Cortesana" y "Saúl".

*
* *

Miguel Campos, otro de sus más distinguidos discípulos, nació en 1844 y a la temprana edad de 14 años ingresó a la Academia de Pintura.

Tuvo la suerte de ser enviado a perfeccionar sus estudios a Europa, donde permaneció cinco años en Francia e Italia, llevando una vida pobre y aprovechándose de las clases de las Academias nocturnas.

Allí pintó numerosos pequeños cuadros, muchos de ellos de valer, como "El Toreador", "Servitore del Papa", "El Escultor Florentino" y su *pendant* "La Florentina", cuya reproducción va en este catálogo, y algunos auto-retratos.

Además de los cuadros ya citados, son dignos de nombrarse los siguientes: "Jugando a las Chapitas", "La Poesía y la Pintura", "La Libertad protegiendo a la República", "El Juego de la Morra" y algunas naturalezas muertas.

Murió a la temprana edad de 45 años, a fines de 1889, pobre y abandonado.

Tanto fué así, que en sus últimos días, y en el lecho de la muerte, queriendo gozar con la visión de sus obras, pidió por favor a uno de sus amigos más íntimos, que le consiguiese del prestamista, a quien le había hipotecado sus telas, el favor de que se las prestase para verlas antes de morir.

CAPITULO VI

Norma que seguiremos en este trabajo

Sin abandonar el orden cronológico, se toma como norma la Academia de Bellas Artes.—Otros discípulos de Cicarelli

Creemos que aquí cabe una aclaración para mejor inteligencia de nuestros lectores. Ya sea porque se nos haga más fácil el trabajo, ya por seguir el orden cronológico o por tener la Academia carácter oficial, hemos adoptado el criterio de clasificar, como discípulos, a aquellos artistas que principiaron a formarse bajo la férula de los Directores de aquella escuela, aunque más tarde, puedan haber perfeccionado sus estudios con otros maestros de diversas tendencias.

Así pues, a Lira, que aunque propiamente no fué director de la Escuela, ejerció las funciones de tal, llegando a formar una generación de artistas, no le hacemos biografía entre los discípulos de Cicarelli. A San Martín como Director de la Academia se la haremos en su debido lugar.

Aunque con el temor de que se nos escapen algunos nombres



González Juan Francisco

"La Portada - Serena"
Óleo 25x19 centímetros

y siendo corto el espacio de que disponemos, pasamos a citar a algunos de sus discípulos: Onofre Jarpa, Manuel Mena, Luciano Laynes, José Antonio Castañeda, Manuel Tapia, Vicente Falcón, Numa Plaza, Pedro Churi, Francisco 2.º Besa, Tomás David Sánchez, Luis Toro, Domingo Z. Meza, Fco. Valenzuela (El Puntete), Nicolás Ojeda, Agustín A. Gutiérrez, Francisco Domingo Silva, etc.

Como hemos dicho Cicarelli, sintiendo quebrantada su salud obtuvo su jubilación en 1869, pero el S. G. no queriendo dejar acéfala la Dirección de la Academia de Bellas Artes, apenas supo la intención de este artista de retirarse a la vida privada, envió un oficio en 16 de Diciembre de 1858 a nuestro cónsul general en París, pidiéndole buscarse su sucesor. El Sr. Fernández Rodella, que desempeñaba dicho puesto, después de informaciones muy favorables contrató al pintor alemán Kirchbach, quien llegó a Chile en Julio de 1869, haciéndose muy pronto cargo del puesto de Director.

CAPITULO VII

Kirchbach y sus discípulos

Juan Francisco González.— José Mercedes Ortega.— Pedro León Carmona y otros

Nació este pintor en Dresde (Baviera) el año 1832 y se formó en la escuela del célebre pintor mural y famoso ilustrador de la Biblia, Julio Schnorr.

Permaneció en Chile hasta 1875 o 76, fecha en que regresó a Europa, donde murió al poco tiempo, en 1880.

Este artista sin alcanzar la altura de su maestro Schnorr daba la preferencia a la composición y al ritmo de la línea, descuidando el color.

Entre sus obras figuran principalmente: «Otelo», «Moisés», «Muerte de la princesa Lamballe», una serie de ilustraciones de la Eneida, etc.

Como, principales discípulos de este maestro a más de algunos a quienes hemos catalogado entre los alumnos de Cicarelli, por haber iniciado sus estudios con él, citaremos, a Juan Fco. González, que tiene el honor de haber introducido el «Impresionismo» en Chile y de aprisionar con sus manchas de color, la luz de nuestro sol, pero por no apartarnos de nuestra norma, nos abstenemos de biografiar, a José Mercedes Ortega y a Pedro León Carmona, nacido en Santiago en 1855 y muerto en 1899.

Este artista fué enviado como pensionado a Europa en 1876, donde tomó clases con Bonguereau. Allá dedicóse al género anecdótico y galante pero a su regreso a Chile se dedicó especialmente

cuadro, «La Primera Escuadra Nacional», que premunido de datos, fué a pintarlo en una bodega de los astilleros de su ciudad natal y que después de ocho meses de trabajo, vino él mismo a dirigir su colocación en la sala de sesiones.

Además de las ya citadas, nombraremos una de sus obras más vigorosas: «Antes de la Tempestad», «Durante la Tempestad» y «Después de la Tempestad».

Somerscales dejó escuela y entre sus numerosos discípulos debemos principalmente citar a nuestro gran marinista Alvaro Casanova, que ha ilustrado con sus conocidos cuadros de temas de combates navales, la historia de nuestra marina, y que tiene numerosos discípulos entre los cuales podríamos citar a sus hijos: Juan, Mariano y Manuel, a Alfredo Hellsby Hazell, que aunque considera a Alfredo Valenzuela Puelma, como su maestro, hizo sus primeros estudios con Somerscales; a Carlos Vidal; Juan de Dios Vargas y otros.

Debemos incluir en esta lista, como contemporáneos de los discípulos de Kirchbach, a Francisco Undurraga, a Guillermo Walton, retratista de gran nombre; al dibujante Carlos Díaz; al escultor Nicanor Plaza, que también ejecutó algunos cuadros; Salvador Smith; a Desiré Chassin Troubert; a Luis Waddington; Manuel Aldunate y a Calixto Guerrero Larraín.

Nació este último en 1832 y murió en Santiago 1895.

Fué músico y dibujante, daba lecciones de música ad-honorem, a todas las familias de Santiago, y no hubo álbum de dama distinguida que no poseyera uno de esos espirituales y simpáticos dibujos, hechos al correr de la pluma, pero todos hermosos. Algunos de ellos son populares como «La Golondrina» y «Prometeo Encadenado». Este último fué regalado al Vice-presidente de la República Argentina y obtuvo un premio en París.

Contemporáneo de estos artistas fué José Tomás Errázuriz.

Nació este pintor en Santiago, en Noviembre de 1856, y murió en Inglaterra el 1.º de Abril de 1927. Hizo sus estudios en París bajo la dirección de Humbert y de Giroez.

Desde 1882 se estableció en Londres y ha expuesto en el salón de París desde 1886. En 1888 obtuvo en dicho Salón, Mención Honrosa y en Chile, Primera Medalla con su cuadro «Primavera en las Dunas». A principios de 1926, envió a Chile gran parte de su labor para que fuera vendida en pública subasta y su producido se destinara a obras de Beneficencia de su patria.

Pintó paisajes, retratos, y escenas de la gran guerra.

Por su larga estada en Londres y su temperamento británico, su pincel adquirió todas las características de la pintura inglesa. Sus paisajes se distinguen por su colorido y están saturados de aire y de luz.

Entre sus producciones citaremos «Lavanderas en Etretat», «Marea alta» y «Pescadoras en Villerville».

CAPITULO IX

Juan Mochi

Por qué se eligió a Mochi como tercer Director de la Academia.— Ernesto Molina y Alfredo Valenzuela Puelma.— Abraham Zañartu.—Otros discípulos y contemporáneos de Mochi.— Por qué de aquí en adelante denominaremos a la Academia de Pintura, Escuela de Bellas Artes.

Tercer Director de la Academia de Pintura, sucesor de Kirchbach fué el artista italiano Juan Mochi.

Nació en Florencia, por los años 1831, ciudad en que hizo sus primeros estudios y donde alcanzó cierto renombre. Dedicóse en aquella época al género neo-greco y otros temas medio-evaes y del renacimiento. Después de la guerra franco-prusiana, trasladóse a París donde concurrió regularmente a los salones anuales presentando telas de pequeñas dimensiones, según la moda impuesta en aquel entonces por Meissonier y otros artistas, que representaban escenas de los siglos XVII y XVIII.

El año 1876 el Supremo Gobierno lo contrató como Director y Profesor de nuestra Academia de Bellas Artes.

Era una persona que a su natural excelente, añadía magníficas cualidades de sociabilidad y cultura intelectual. Murió en Chile, el año 1892.

Sin poseer gran originalidad, sus cuadros e innumerables retratos, en su mayoría son estimables.

Entre sus mejores telas pintadas en Chile podríamos citar «La Batalla de Chorrillos», la de «Miraflores», «El Estrecho de Magallanes» y el retrato de «Miguel L. Amunátegui». Nos dejó también muchos cuadros, sobre escenas de costumbres, paisajes y retratos.

Tuvo entre sus más notables discípulos, a dos colosos del arte chileno, nos referimos a Ernesto Molina y Alfredo Valenzuela Puelma.

*
* *

ERNESTO MOLINA nació el año 1857 y murió en Santiago, a la temprana edad de 47 años, el 21 de Junio de 1904.

Hizo sus primeros estudios en la Escuela de Bellas Artes. A principios de 1887, fué al viejo mundo como pensionista donde permaneció hasta 1891, fecha en que por motivo de la revolución, el Gobierno suprimió todas las pensiones, y Molina hubo de regresar a su país, trayendo gran número de telas, fruto de su trabajo durante su permanencia allá. En 1892 consiguió ser enviado nue-



Valenzuela Puelma Alfredo

"Mi Hijo Rafael"
Oleo 40x34 centímetros

vamente, pero aunque la pensión le duró solo siete meses, el pintor se quedó algún tiempo más, viajando por su cuenta. En su larga permanencia en el Viejo Mundo, Molina después de haber viajado algún tiempo por París e Italia, recorrió España, Asia y Africa.

Gran admirador de Fortuny, el estilo del gran maestro español, se refleja en sus telas. También recibió en España lecciones del célebre Pradilla.

Fué profesor de dibujo de la Escuela de Bellas Artes, puesto que conservó hasta su muerte. Además de su vasta labor artística, era muy apasionado por la historia y logró formar un núcleo de objetos antiguos que se estimaba por el mejor de Sud América, no tanto por el número, como por lo selecto de sus objetos.

Sus obras se distinguen por su esmerado y correcto dibujo, por la soltura con que ejecutaba los detalles, y lo simpático de su colorido.

Era un artista cultísimo de un temperamento refinado que descolló en el cuadro de pequeñas dimensiones; sus temas preferidos fueron los asuntos Venecianos, Moriscos y Araucanos, algunos de los cuales son verdaderas maravillas de arte.

* * *

ALFREDO VALENZUELA PUELMA. Nació en Santiago el 8 de Diciembre de 1855 y murió en París en 1908. Abarcó sobresaliendo en ellos, todos los temas; pintura decorativa, desnudos, retratos, naturalezas muertas, paisajes y marinas, y es uno de los pintores más grandes de su época, no sólo en su patria, sino que también de América, y sus telas pueden honrar cualquier museo del mundo.

Ingresó a la Academia de Bellas Artes en 1869, destacándose muy pronto bajo la dirección de Mochi, por lo correcto de su dibujo, la facilidad de su ejecución y su brillante colorido.

En 1881 hizo su primer viaje a Europa, pensionado por el Gobierno. Apesar de que el maestro que más lo impresionó, fué el gran Velásquez, y aunque se empapó en su técnica supo siempre conservar su personalidad. De regreso a Chile, hizo entre otros trabajos, una gran pintura decorativa para la iglesia de San Lázaro que fué destruída en el incendio de dicha iglesia en 1927, y en 1895, fué nombrado administrador del teatro Municipal de Valparaíso, puesto que aprovechó para organizar en este teatro una serie de exposiciones anuales, que dieron gran resultado para el fomento del arte nacional.

Artista de temperamento, sus telas reflejan su personalidad y su estilo fué un término medio entre las dos escuelas de su época; la impresionista con su vibrante luminismo, y la clásica con la corrección de su dibujo. La nota culminante que constituye la característica de este maestro fué su honradez artística.

Sus cuadros más importantes son: "La Resurrección de la Hija de Jairo", "La Ninfa", "La Mujer de las Guindas", "Sevi-

llana”, “María Magdalena”, los retratos de “El Pintor Mochi”, “D. Enrique del Campo”, “D. Rómulo Garrido”, su popular cuadro “La Perla del Mercader”, etc.

Disgustos de familia agregados a otras desgracias personales quebrantaron su salud, sufriendo alucinaciones que concluyeron por minar su razón.

Murió este malogrado artista en París el año 1907.

* * *

NICANOR GONZÁLEZ MÉNDEZ ingresó a la Academia el año 1879. Estudió bajo la dirección del maestro Mochi y después de Pedro Lira. Es actualmente director de la Escuela Nocturna de Dibujo Ornamental de la Sociedad de Fomento Fabril que ha tenido como Directores a: Cosme San Martín, Guillermo Córdova, Foradori y Nicanor González Méndez, respectivamente.

Este distinguido artista ha sabido inculcar a sus discípulos el amor al dibujo y ha formado una pléyade de alumnos entre los que sobresalen: Carlos Dorlhiac, fundador en Chillán de una escuela de dibujo, cuyos principales alumnos fueron Armando Lira, Eugenio Sepúlveda, Orrego, etc., y que ha obtenido en el Salón de París de 1927, una mención honrosa.

Otros alumnos aventajados de González Méndez son el distinguido paisajista Luis Strozzi, Raquel González, Luis Alvarez Murillo, etc.

* * *

Sería una injusticia no nombrar entre los sobresalientes discípulos de Mochi al malogrado artista Abraham Zañartu, muerto a la temprana edad de 30 años y nacido en 1855.

Dejó pocos trabajos, pero ellos atestiguan su incontrastable talento. Citaremos su “San Pedro” y “Cabeza de estudio” entre sus mejores obras que nos legara.

A las hermanas Aurora y Magdalena Mira, artistas de temperamento, la primera premiada con diploma de honor en el C. E. de 1895 y cuyo cuadro “La joven Agripina Metella, esperando el suplicio”, pintado en los albores de su carrera artística, llamó la atención de los críticos; notables son también sus retratos y sus trabajos decorativos y naturalezas muertas, sobresaliendo principalmente en la pintura de flores. Eximia paisajista y retratista es la segunda. Demetrio Reveco distinguido pintor de paisajes y naturalezas muertas y que ha hecho admirables copias de los cuadros de nuestro museo; Juan E. Harris, que ha hecho su carrera artística en Europa, cuyos celebrados cuadros “Se acabó el hogar” y “La Ley del Honor” han sido tan reproducidos; Manuel Núñez, que ha obtenido altas distinciones; Agustín Castro, Belarmino Marín, Isidoro Vargas, Tadeo Gálvez, Emilio Ruiz, Valentina Pagani, Antonio Polloni, Pedro Herz, Carolina Orrego, Arsenio Gajardo, Alfredo Castro, Daniel 2.º Tobar, Luisa Lastarria, Luisa Scofield, Carlota Rossi de Orrego, Manuel 2.º Blanco, Domin-

go Ugarte, y el popular dibujante Luis Fernando Rojas, etc., y entre sus contemporáneos citaremos a Manuel Aspillaga, distinguido artista que ha ejecutado excelentes paisajes. Félix Solar, y Enrique Donoso Urmeneta, discípulos estos tres últimos de Enrique Swinburn, Luis E. Lemoine, Paul Dufresne, Felipe Mola y Carlos von Molke.

Antes de seguir adelante creemos oportuno, para evitar confusiones, hacer una pequeña aclaración. Como hemos visto, en 1849 fué creada la Academia de Pintura que empezó a funcionar en el Instituto Nacional. En 1850 empezó a funcionar en el mismo Instituto, la clase de arquitectura decretada el año anterior, y nueve y medio años después, el 30 de Agosto de 1858, por un decreto del Presidente don Manuel Montt, se convirtió la primitiva Academia de Pintura en sección de "Bellas Artes" del Departamento Universitario del Instituto Nacional.

En este mismo decreto se fundaba la clase de escultura y más tarde las tres clases; pintura: arquitectura y escultura, pasan a funcionar al edificio de la Universidad.

En 1891, la Sección de Bellas Artes se trasladó al local de una escuela pública, situada en calle Maturana entre Rosas y San Pablo, con el nombre de Escuela de Bellas Artes, local que ocupó hasta 1910 en que se mudó al palacio edificado con este objeto en el Parque Forestal y que se denomina Escuela de Bellas Artes, teniendo contiguo al lado oriente, el Museo de Bellas Artes.

Por estos motivos y considerando engorroso el seguir exactamente estos cambios de nombres, de aquí en adelante denominaremos a la Antigua Academia, *Escuela de Bellas Artes*.

Como hemos dicho anteriormente, la dirección de ésta es la que nos sirve como norma para la ubicación de los discípulos, respecto a los maestros, y como más tarde la Escuela de Bellas Artes, tendrá como directores a artistas que no han sido pintores, como Virginio Arias, Carlos Lagarrigue, Orrego Luco, Díaz Garcés, etc., agruparemos a los pintores como discípulos del maestro del curso superior de pintura de dicha escuela, aunque no hayan cursado con él.

CAPÍTULO X

Cosme San Martín

Director interino de la Escuela de Bellas Artes.—Su labor.—Sus discípulos.—Alberto Valenzuela Llanos.

COSME SAN MARTÍN, pintor de género y retratos, nació en Valparaíso el 22 de Septiembre de 1850 y murió repentinamente en Santiago el 1.º de Abril de 1905.

Muy joven ingresó como alumno a la Academia de Pintura, donde recibió lecciones de Cicarelli y más tarde de Kirchbach. Por concurso obtuvo el ser enviado como pensionado a Europa, el año 1875, donde permaneció cerca de seis años, habiendo tenido el honor de que se admitieran sus obras en el Salón de París, desde el año 1876 a 1881, mereciendo una de ellas "El reposo del modelo" los elogios del renombrado crítico de arte, Mr. Veron, quien se ocupó de ese cuadro en el catálogo del Salón de ese año.

A su regreso a Santiago reasumió su puesto de profesor de dibujo, de litografía y bustos de la Escuela de Bellas Artes, cátedra que sirvió 24 años consecutivos, hasta el día de su muerte.

En 1886, reemplazó interinamente a Juan Mochi, como Director de la Escuela durante año y medio. Además fué durante varios años profesor de la Escuela Nocturna de dibujo ornamental, y desde que llegó de Europa hasta su muerte ejerció la enseñanza privada de dibujo y pintura.

La labor artística de San Martín fué escasa a consecuencia de sus pocos recursos pecuniarios que lo obligaron a dedicarse principalmente al profesorado.

Sus cuadros más conocidos son "La Lectura", "Amor maternal", "El Trovador", un retrato de don Jorge Huneeus, y principalmente su cuadro "La apoteosis de Prat".

* * *

Empezaremos por anotar entre los discípulos de San Martín a ALBERTO VALENZUELA LLANOS, que nació en San Fernando el 29 de Agosto de 1869 y murió en Santiago el 23 de Julio de 1925.

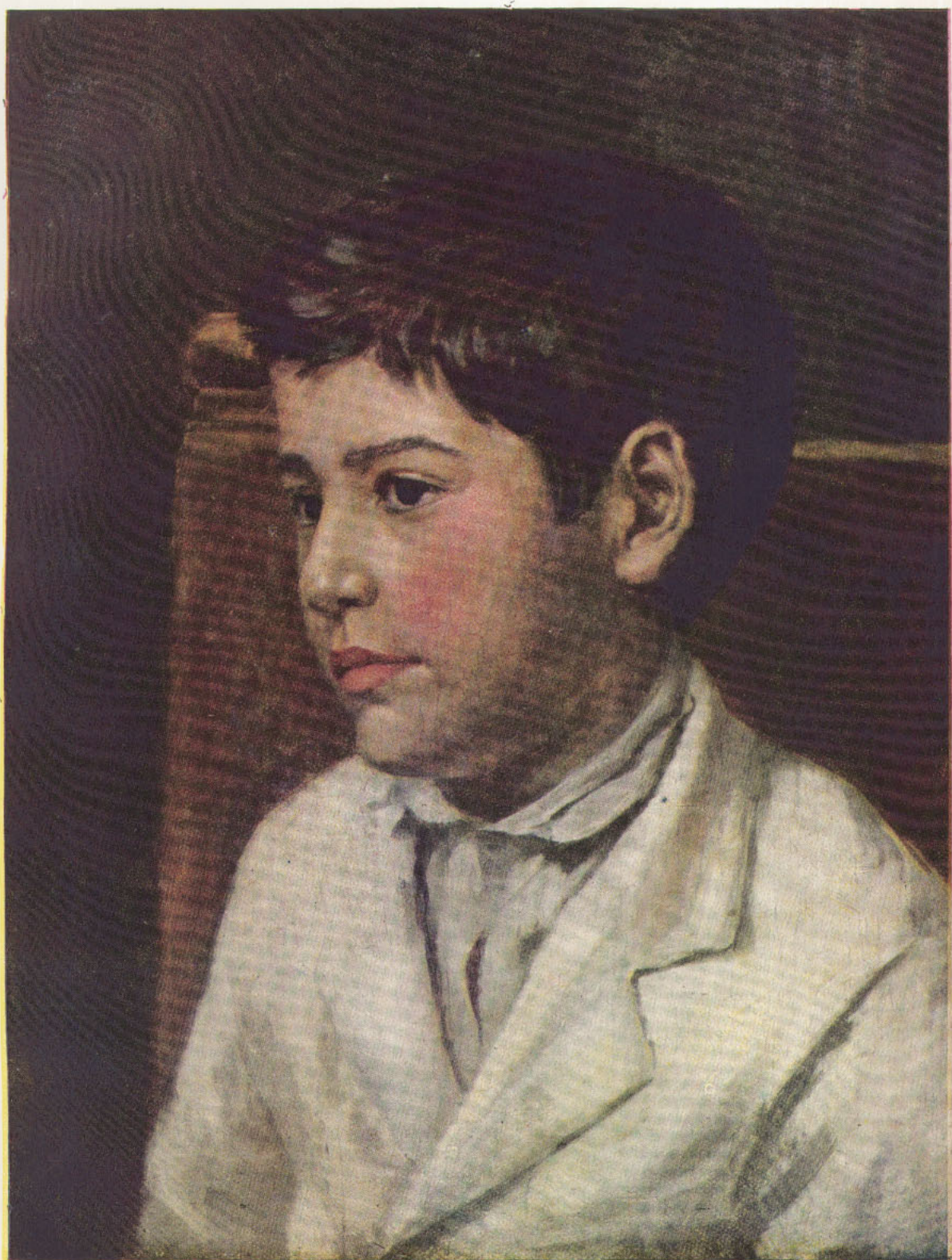
Desde su más tierna infancia reveló sus dotes de pintor y así se comprende que a pesar de los reiterados consejos de sus padres para que siguiese la carrera del comercio, tuvieran éstos que ceder, ingresando a la Escuela de Bellas Artes el año 1887, bajo la dirección de Cosme San Martín y posteriormente de Pedro Lira.

Al comienzo de su carrera artística se dedicó al retrato, y al cuadro de composición, pero su preferencia fué siempre el paisaje, llegando con el transcurso de los años a destacarse por su fácil factura, por la concepción sencilla de ver el paisaje, y su sano realismo.

Su reputación como artista traspasó las fronteras de su país, y es considerado como un gran pintor de paisajes, no sólo en América sino que también en el viejo mundo, a tal punto que en el salón oficial de París de 1914 estuvo propuesto para la primera medalla.

No se crea que el artista avanzó con saltos bruscos; sus éxitos no fueron fáciles, todos sus triunfos los fué consiguiendo después de una labor tesonera y laboriosa, trabajo que duró toda su vida y que puede servir de ejemplo a los artistas jóvenes que se dedican al noble y bello arte de la pintura.

A Manuel Thompson, pintor de género y de paisajes, que



San Martín Cosme

"El Niño de la Chaqueta Blanca"
Óleo 33x25 centímetros

también fué pensionado por el Gobierno, y estudió en París bajo la dirección del insigne maestro Jean Paul Laurens. A Carlos Baca Flor que aunque de nacionalidad peruana, no trepidamos en incluirlo entre los pintores de la escuela chilena, pues, en ella inició sus estudios bajo la dirección de San Martín y Mochi, en nuestra Escuela de Bellas Artes y que después buscando más amplios horizontes, cursó estudios con los mejores maestros en Francia, Italia y España, llegando a obtener merecidas recompensas en las exposiciones que se ha presentado.

A Eucarpio Espinoza Fuenzalida, que recibió clases en Chile de San Martín, Mochi, Lira y Valenzuela Puelma y pensionado en Europa, trabajó bajo la férula de Jean Paul Laurens y Richards Miller y ha logrado distinguirse como pintor de paisajes y principalmente como retratista.

A Albina Elguin, distinguida y malograda artista, muerta en la primavera de la vida y que nos ha dejado algunos cuadros de composición que revelan un gran temperamento artístico, podríamos citar sus cuadros: «Contrastes de la Vida»; «Poesía y Prosa» y muy principalmente su bello y tan discutido cuadro «Preguntan por Mí».

A Guillermo Córdova que ha dibujado y pintado cuadros muy interesantes, aunque su profesión más bien ha sido la de escultor y es en este campo donde ha obtenido sus mejores triunfos. Nos bastaría con citar su alto relieve que adorna la entrada principal del Museo de Bellas Artes y su monumento a Bernardo O'Higgins existente en Buenos Aires, y finalmente a Alberto Moninsen, María Prieto y R. Teherán, etc.

Entre los contemporáneos de San Martín colocaremos a Joaquín Fabres, discípulo propiamente de Juan Fco. González, aunque también campeó muchas veces por los dominios de su íntimo amigo Ernesto Molina.

Nació en Santiago en 1866, y murió a la edad de 48 años en Europa, en circunstancias que ejercía allí su puesto de delegado (ad-honorem) del Consejo de Bellas Artes, y cuando aún se podía esperar mucho más de él.

De su maestro González, cogió ese brillante colorido que distinguen sus paisajes y de Molina el detalle de sus interiores y naturalezas muertas. No quiere decir esto que Fabres haya sido un imitador de sus maestros, pues sus telas revelan temperamento propio.

Su hijo Oscar, Cónsul de Chile en Francia, se está distinguiendo como dibujante humorístico, y colabora en revistas francesas que hemos tenido ocasión de admirar.

A EUGENIO GUZMÁN OVALLE, que aunque aficionado también como Fabres y Carlos Domínguez, fué un paisajista distinguido.

Nació en 1862 y murió en 1900, siendo su maestro en pintura Onofre Jarpa. Obtuvo en nuestros salones varias recompensas, entre ellas primera medalla, y su cuadro «Cordillera de los Andes» llamó la atención de los críticos. En nuestro museo pued

admirarse su «Paisaje de Otoño», además citaremos sus conocidas telas «Pataguas», «En el Bosque», «Primavera», etc.

A Juan Anton Sepúlveda que aunque más se ha distinguido como escultor, inició sus aficiones artísticas con la pintura, habiendo sido un aprovechado discípulo de Ernesto Molina.

A Alfredo Melossi, distinguido paisajista y literato, discípulo de Pascual Ortega, a Carlos Vial y a Felipe Mola, distinguido artista florentino.

Hemos dejado para lo último a Enrique Lynch S., que hasta el año 1926 ocupaba el puesto de Conservador del Museo de Bellas Artes y cuya labor artística todos conocemos. También se ha dedicado con gran éxito a la restauración y tasación de cuadros, siendo en este sentido una autoridad.

Podríamos colocar aquí como contemporáneo de los discípulos de San Martín al notable hombre de estado, jurisconsulto y crítico de arte que se llamó Paulino Alfonso del Barrio, que siendo sólo un aficionado, ejecutó delicados dibujos a la pluma y al lápiz. A Foradori, cuyo lápiz ha ilustrado tantas páginas de nuestras revistas y que en un tiempo, como ya lo hemos dicho, secundó al pintor González Méndez, como profesor en la Escuela Nocturna de Dibujo Ornamental de la Sociedad de Fomento Fabril.

CAPITULO XI

Pedro Lira

Su inmenso amor al arte.—Porqué lo llamamos El Maestro.—Su labor artística y literaria

Sucedió a San Martín en la Dirección de la Escuela de Bellas Artes el distinguido escultor D. Virginio Arias, 1900-1911, mas siendo nuestro propósito, no apartarnos en lo posible del arte pictórico, vamos a pasar a ocuparnos aquí del pintor don Pedro Lira, que fué profesor en dicha época del curso superior de pintura y que desde la muerte de San Martín (1905), hasta la llegada de Alvarez de Sotomayor (1908), ejerció las funciones de director en el ramo de la pintura y que como maestro tanto oficial, como particular, es el que ha dejado más discípulos en Chile, y a quien en justicia debemos considerar como una de las más sólidas columnas de nuestro arte.

Este artista que abarcó con pasmosa fecundidad todos los géneros de la pintura; el retrato, el paisaje, la decoración y sobre todo el cuadro histórico y de costumbres, nació en Santiago en 1846, y murió en la misma ciudad en Abril de 1912. Fueron sus padres, D. José Santos Lira y Calvo y D. Martina Rencoret.

Cursó sus humanidades en el Instituto Nacional, y aunque violentando sus inclinaciones, por acatar la voluntad paterna, si-

guió sus estudios en la Universidad, hasta llegar a obtener el diploma de abogado. No fué inconveniente, sin embargo, que al mismo tiempo que estudiaba leyes se dedicase al arte y recibiera las primeras lecciones de dibujo en la Academia de Bellas Artes, dirigida en aquel entonces por Alejandro Cicarelli.

En la exposición del Mercado, organizada por Vicuña Mackenna en 1872, Lira se dió a conocer como pintor y al año siguiente se trasladó a Europa con el objeto de ampliar sus estudios artísticos. Permaneció en el viejo continente hasta 1882, allí recibió lecciones del distinguido maestro, Elie Delaunay y principalmente del no menos célebre, Evaristo Luminais y de Bastien Lepage.

Interesado siempre por el progreso del arte en Chile, aprovechó su permanencia en París, para adquirir con su propio peculio valiosas telas que remitió a nuestro país con el objeto de que sirviesen de estímulo a nuestra juventud estudiosa.

En París, hizo rápidos progresos y en el Salón de 1882 alcanzó a obtener mención honrosa, con su cuadro "Caín". De esta época son también "Después de la Serenata" y "Mala Nueva".

A Lira se debe la construcción del edificio del antiguo Museo de Bellas Artes de la Quinta Normal de Agricultura, ya que, anteriormente había conseguido el distinguido escultor José Miguel Blanco, en compañía del General Maturana y del pintor Mochi la concesión del terreno y los cuadros y obras de arte que sirvieron de base para dicho museo que existió en su antiguo local del Congreso Nacional. Este edificio de estilo dórico sirvió desde 1885 hasta la construcción del Palacio de Bellas Artes en 1910, de salón de exposiciones anuales.

Al hablar del maestro Lira, le decimos maestro, porque creemos que es el título que le corresponde por antonomasia, nó, por los innumerables discípulos que ha formado, sino por el amor con que cultivó su arte y la abnegación y patriotismo con que procuró que él, se extendiese en nuestro país, porque Lira, aunque fué abogado, poeta, crítico de arte, literato y periodista, más que todo fué artista pintor, y pintor de gran temperamento y que tuvo el desinterés de sacrificar en aras de dicho arte, sus otras aficiones.

Su libro "Diccionario Biográfico de Pintores" es una obra indispensable para los que se dedican al estudio del arte pictórico y revela en el autor, profundo conocimiento, y mucho amor por su arte.

Enumeraremos sólo algunos de sus innumerables cuadros "La Fundación de Santiago", "Felipe II y el Gran Inquisidor", "La Muerte de Colón", "Los Cantores", "La Infancia de Giotto", "Prometeo Encadenado", "La Carta de Amor", "Sísifo" y sus numerosos retratos, "Sra. Julia Lynch de Baeza", "D. Isidoro Huneus", "D. Julio Zegers", y principalmente el de "D. Pablo Burchard".

No nos detendremos en enumerar sus recompensas y sólo nos baste decir que son numerosísimas las que ha obtenido, tanto aquí, como en los salones extranjeros.

Antes de seguir adelante y hablar de los discípulos de este

maestro, creemos oportuno hacer un paréntesis, para ocuparnos de los torneos artísticos, salones, exposiciones y certámenes que se han celebrado en nuestro país, porque a él se le debe en gran parte, de que aquellos hayan continuado con regularidad y brillo.

CAPITULO XII

Las Exposiciones

Exposiciones de la época de la coquista.—Algunas exposiciones particulares.—Exposición del Mercado.—Exposición Internacional de 1875.—Exposición Internacional de 1910.—Exposiciones Anuales.

Aunque la primera exposición artística de carácter oficial, que se haya celebrado en Chile, fué la que se llevó a cabo el año 1875 con motivo de la exposición internacional, ya antes se habían organizado varios torneos, patrocinados tanto por artistas como por generosos Mecenas del arte pictórico.

Remontándonos a tiempos lejanos, siguiendo a Vicuña Mackenna, podemos afirmar que las exposiciones artísticas en Chile, nacieron casi en los tiempos mismos de Pedro de Valdivia.

Cuenta este escritor que para celebrar dignamente la fiesta del Corpus Christi, desde el año 1556, (Valdivia murió en 1554) el Cabildo ordenaba a todos los industriales y artífices a exponer sus oficios e invenciones, bajo pena de severa multa para los que se negaran a hacerlo.

Como dato curioso transcribimos el primer decreto a que se refiere dicha ordenanza:

“En la ciudad de Santiago de Nuevo Estremo, a dos días de Mayo de 1556 años se juntaron a su cabildo e ayuntamiento, como lo han de costumbre de se juntar, los muy magníficos señores justicia y rejimiento de esta dicha ciudad que abajo firman sus nombres por ante mi Diego de Orue, escribano del dicho cabildo y trataron y proveyeron las cosas siguientes.

“En dicho día se acordó: que para la fiesta de Corpus Christi que ahora viene, se les manda a todos los oficiales de sastres, calceteros, carpinteros, herreros, zapateros, plateros, jubeteros que saquen sus oficios e invenciones como es costumbre de se hacer en los reinos de España y en las Indias, y que dentro de cinco días primeros siguientes parezcan ante el señor alcalde Pedro de Miranda a declarar los que los quisieren hacer y sacar las dichas invenciones, so pena de cada seis pesos de buen oro, aplicado para las fiestas y regocijos de la procesión del dicho día, demás de que a su costa se sacará la fiesta e invención que a sus mercedes les pareciese, e que así se apregone para que haya lugar y tiempo de se hacer a costa de los dichos oficios.—Pedro de Miranda.—Diego García de Cáceres.—Juan Godínez.—San-

“tiago de Azócar.—Francisco Miñez.—Pasó ante mí.—Diego de Orue, escribano”.

*
* *

Mas como creemos haberlo dicho, el verdadero entusiasmo por el arte de la pintura en Chile, sólo vino a desarrollarse después de la venida de los maestros a quienes hemos titulado los precursores: Wood, Rugendas y sobre todo Monvoisin.

Este último pintor hizo una exhibición en Marzo de 1843, en el salón de la antigua Universidad de San Felipe, de sus telas que había traído de Europa, que llamaron justamente la atención no sólo de la sociedad y aficionados, sino también del S. Gobierno. Ahí pudo nuestro público culto deleitarse contemplando “Alí Bajá y su querida”, “La Caída de Robespierre”, “Eloísa y Abelardo”, “Blanca de Beaulieu”, “Aristodemo”, “Juana de Arco”, etc.

En 1858 tuvimos otra exposición en que a más de algunas copias de Rafael, Ticiano, Murillo, Guido Reni, etc., se exhibieron obras de Monvoisin y de Cicarelli. Este último presentó su “Filoctetes”. Lo más interesante que tuvo esta exposición fué que a ella concurrieron dos artistas chilenos, José Tomás Vandorse y el dibujante Zubicueta.

La Sociedad Artística fundada por Pedro Lira y Luis Dávila Larraín, organizó varias exposiciones particulares que mucho sirvieron para estimular a los jóvenes artistas y aficionados de la época. También en el citado año nos encontramos con otra exposición organizada por la Sociedad de Instrucción Primaria.

Mas en la que viene a notarse el verdadero desarrollo de nuestros artistas es en la exposición de 1869. A ella se presentaron artistas nacionales, que han pasado a la historia, como Campos, Ortega, Tapia, Caro, Smith y Mandiola.

*
* *

Párrafo aparte merece la exposición que organizó el intendente Vicuña Mackenna en 1872 para inaugurar el local del nuevo mercado, y por cuyo motivo, se le titula la exposición del Mercado Central.

A ésta, en cuanto a la pintura nos referimos, pues también fué muy interesante por las esculturas, concurrieron Smith, con un paisaje; Caro, con un cuadro de costumbres populares; Mandiola, exhibió su cuadro “El Mendigo”; Somerscales, algunas marinas; en fin, Miguel Campos y otros artistas ya formados. Entre los principiantes de entonces descollaron Onofre Jarpa, Lira, Pedro León Carmona, Cosme San Martín, Alberto Orrego Luco y otros. En esta exposición se reveló Pedro Lira con sus telas “Río Claro” y “Cascada del Laja”.

Para demostrar la importancia y entusiasmo que despertó la exposición del Mercado Central, bástenos decir que tres años más tarde se crea por decreto, la primera Exposición Internacional de

Pintura, que funcionó en el palacio construído ad-hoc, para la Exposición Internacional de 1875, en la Quinta Normal de Agricultura, palacio que hoy día ocupa nuestro Museo de Historia Natural.

En competencia con notables artistas extranjeros de todas las escuelas, se presentaron a este gran torneo, 58 telas de autores nacionales. Entre los paisajistas revelaron sus excelentes dotes: Onofre Jarpa con sus "Vistas de Lebu"; Smith, con sus paisajes de "Peñalolén" y "Bosques de la Cordillera de Chillán"; Orrego Luco, con "Un Bosque de grandes Arboles"; Undurraga Vicuña, "Mañana en la Campiña"; y entre los cuadros históricos Caro, con su "Abdicación de O'Higgins"; Nicolás Guzmán B., con "La Muerte de Pedro de Valdivia" y Pedro León Carmona con "Los Mártires Cristianos" y entre los de género, Miguel Campos con su cuadro "Juego de la Morra".

A raíz de esta exposición, creemos poder afirmar que la escuela chilena de pintura, abandonó sus pañales.

En 1878 siendo Ministro de Instrucción Pública don Miguel L. Amunátegui, se organizó otra exposición de arte extranjero y nacional auspiciada por el Gobierno y el mismo año otra patrocinada por Vicuña Mackenna, pero esta última solamente de arte nacional.

En 1883 se organizó en los salones del Congreso otra exposición netamente nacional y que tuvo la particularidad de ser la primera en que la mujer chilena reveló su temperamento artístico, pues de 250 telas presentadas, 95 eran de pinceles femeninos.

En la exposición de carácter industrial y artístico de 1884 nuestras artistas pintores concurren con sumo brillo, tanto en cantidad como en calidad.

Y desde esta fecha, con motivo de la construcción de nuestro primer edificio especial para exposiciones de la Quinta Normal de Agricultura, las de carácter artístico continuaron sin interrupción hasta nuestros días y como no encuadra a la índole de este trabajo hacer la reseña de todas ellas, pasaremos a ocuparnos de la la gran exposición que con motivo del centenario de nuestra independencia, se celebró en 1910.

Entre los números del programa de la conmemoración del primer Centenario de nuestra Independencia, sin lugar a duda, uno de los más brillantes fué el de la inauguración de la Exposición Internacional de Bellas Artes y de Arte Aplicado a la Industria. Con dicho motivo se estrenó el Palacio de Bellas Artes, construído bajo la dirección del arquitecto francés Emilio Jequier y situado en el Parque Forestal.

Con fecha 27 de Septiembre de 1909 el Supremo Gobierno dictaba un decreto firmado por el Presidente D. Pedro Montt y el ministro D. Emiliano Figueroa, en que ordenaba organizar dicha exposición. En el referido decreto se establecía que la exposición constaría de cuatro secciones: a) Internacional, b) Nacional, c) de arte retrospectivo nacional y d) de arte aplicado a la industria. Se dejaba establecido también en él, que el Consejo de Bellas Ar-

tes, se haría cargo de la preparación, organización y funcionamiento de dicha exposición y de que este Consejo debería ser el encargado para que por sí, o por intermedio de nuestros agentes diplomáticos y consulares invitase a los artistas y corporaciones artísticas y extranjeras, nombrase los jurados e informase al Supremo Gobierno sobre los cuadros que éste debería adquirir para incrementar las obras del Museo Nacional de Bellas Artes. Con este objeto se destinó en dicho decreto la suma de cien mil francos y a más las cantidades que se obtuvieran por la venta de entradas a la exposición y a las de las fiestas que en su local, se celebrasen y la comisión de 10%, que se cobraría por la venta a particulares de cuadros exhibidos.

El Consejo de Bellas Artes encargado de organizar esta exposición estaba compuesto de los señores: Enrique Cousiño, Paulino Alfonso, Ernesto C. Bonnencontre, Máximo del Campo, Alvaro Casanova Z., Rafael Correa, Luis Dávila L., Joaquín Fábres, Simón González, Emilio Jequier, Raimundo Larraín C., Alberto Mackenna S., Fernando Alvarez de Sotomayor, Hernán Castillo S. De comisario general sirvió el señor Mackenna Subercaseaux, de tesorero el señor Paulino Alfonso y de secretario general el señor Richón Brunet.

Es de justicia recordar aquí, la gran labor que desarrolló, en pró del buen éxito de esta exposición, el activo e infatigable intelectual don Alberto Mackenna Subercaseaux, pues a él se le debe en gran parte, la concurrencia a ella de grandes artistas europeos tales como Sorolla, Zuloaga, etc.

Se nombraron también comisiones organizadoras en Alemania, Argentina, Austria, Bélgica, Brasil, Ecuador, España, Estados Unidos de Norte América, Francia, Inglaterra, Italia, Japón, Países Bajos, Portugal y Uruguay compuestas de nuestros diplomáticos y de artistas chilenos residentes en el extranjero.

La Exposición fué inaugurada el 18 de Septiembre de 1910 y el éxito correspondió a las esperanzas. Artistas de todos los países invitados concurrieron a darle brillo y como no es del caso citarlos aquí, además de que sería labor más estensa de la que encuadra con este trabajo, sólo nos contentaremos con dejar constancia de que gracias a este torneo, tuvimos ocasión de conocer y admirar las obras de casi todas las celebridades mundiales contemporáneas.

Nuestro Museo, varias sociedades, como el Club de la Unión, de Septiembre y otros, y muchas galerías particulares, aprovecharon esta ocasión para adquirir telas que hoy día son motivo de orgullo para sus poseedores.

Pero pasemos al tema que nos ocupa, es decir al arte nacional. Como es lógico, a este concurso concurrió los más granado de nuestros pintores y en él confirmaron su reputación los que la tenían, se dieron a conocer muchos ignorados y dejaron abrigar halagüeñas esperanzas, muchos principiantes.

Alvaro Casanova, nuestro marinista, discípulo de Somersca-

les, presentó sus telas “La Primera Escuadra Nacional” y “El Combate Naval de Lissa”, Nicanor González Méndez, el distinguido pintor de retratos y paisajes, concurrió con un “Retrato”, el simpático y excelente paisajista Alfredo Helsby, discípulo de Somerscales, y principalmente de Valenzuela Puelma, presentó once paisajes; el tantas veces laureado Onofre Jarpa, para quien el hermoso suelo chileno le ha servido de tema para esos tan bellos y conocidos paisajes, concurrió con nueve de ellos; el infatigable luchador y conservador del Museo de Bellas Artes, Enrique Lynch, con dos paisajes; Marcial Plaza Ferrand el delicado retratista y pintor de género, mandó dos telas desde París, ciudad donde actualmente reside; Benito Rebolledo Correa, el pujante pintor de nuestra raza, el pintor de la luz y el movimiento, presentó su gran cuadro “Ante el Mar”, Pedro Subercaseaux, el cultísimo y distinguido pintor de nuestra historia heroica, y de nuestras costumbres coloniales presentó sus cuadros. “Chacra Subercaseaux”, “Pedro de Valdivia”, y “Salida de la Expedición Libertadora”, Exequiel Plaza, dió a conocer su personalidad artística con su cuadro “En la Taberna”, Arturo Gordon, magnífico pintor de temas de costumbres y cuyas telas decorativas son admirables por su composición y riqueza del color, con su cuadro “Nocturno”,

En fin, Lira, Valenzuela Llanos, Joaquín Fábres, Rafael Valdés y tantos otros artistas de quienes ya hemos hablado.

El arte retrospectivo Nacional de la exposición, estuvo también magníficamente representado, aunque como es natural no fué posible que se exhibiesen las mejores telas de los maestros extintos. Así Caro estaba representado con dos retratos; Miguel Campos, con dos estudios de mujer; Pedro León Carmona con su “Religioso Dominicano”, Eugenio Guzmán O., con tres paisajes; Mandiola con un retrato; Ernesto Molina, con dos interiores; Pascual Ortega, con una “Cabeza de mujer”; Cosme San Martín, con “Una Madre”; Antonio Shmith, con tres paisajes; Alfredo Valenzuela Puelma, con seis telas entre ellas las dos tan conocidas “La Perla del Mercader” y la “Resurrección de la Hija de Jairo” y Abraham Zañartu con “Cabeza de expresión”.

Los frutos de esta exposición no se han hecho esperar y ellos se dan a conocer no sólo, con la pléyade de jóvenes artistas que día a día se revelan, sinó también por el entusiasmo del público culto, por rendir homenaje al arte pictórico.



Rebolledo Correa Benito

"Al Baño"
Óleo 88x77 centímetros

CAPÍTULO XIII

Creación del Museo de Bellas Artes

José Miguel Blanco.—Marcos Maturana y Juan Mochi.—Certamen Edwards, Maturana y otros.—Origen de la Comisión Directiva del Museo de Bellas Artes.—Siguen los discípulos y contemporáneos de Pedro Lira.

Por decreto Supremo de Julio 31 de 1880, firmado por el Presidente Pinto y el Ministro García de la Huerta, se organizó el Museo Nacional de Pintura, nombrándose en dicho decreto una comisión compuesta del coronel Marcos Maturana, y de los profesores Juan Mochi y José Miguel Blanco, para que recopilasen las obras de arte que el Gobierno tenía dispersas, y las colocasen en los altos del Congreso Nacional, local designado en dicho decreto con tal objeto.

En Septiembre 16 de 1880, esta comisión daba por terminada sus funciones y en nota oficial dirigida al Supremo Gobierno, el coronel Maturana rendía cuenta de su cometido adjuntando el catálogo de los cuadros y esculturas que componían dicho museo y haciendo presente que el firmante donaba al museo, cuatro cuadros, a saber: “San Gerónimo” de Zurbaran; “Tres Evangelistas” de Jacobo Jordaens; “Cristo llevando la Cruz”, de Rubens y “Juana la Loca a los pies de Felipe el Hermoso” de Monvoisin.

Este museo fué inaugurado el 18 de Septiembre de 1880, y en el local del Congreso, funcionó hasta 1887.

Ya antes de 1885, la “Sociedad Artística”, fundada por Pedro Lira, había construído con fondos propios en terreno fiscal en la Quinta Normal de Agricultura, el palacete, copia en pequeño, del Partenon, en que se celebraban las exposiciones anuales de bellas artes. En el citado año de 1887 el Gobierno adquirió dicha construcción, y a ella trasladó el Museo, local en donde se siguieron celebrando las exposiciones anuales hasta el año 1910. En Marzo de 1887 se inauguró el Museo de Bellas Artes en su nuevo local de la Quinta Normal de Agricultura y se nombró Conservador de él, al distinguido artista Enrique Lynch.

Y, aquí viene el origen de la Comisión Directiva del Museo de Bellas Artes, creada por el Gobierno, en Abril de 1887 y cuyo cometido sería la dirección del Museo de Bellas Artes, y la confección de un reglamento en el que se consignaban las disposiciones relativas a los concursos y demás medidas que exija el reglamento del establecimiento.

Esta comisión fué compuesta por los señores: Marcial González, Eusebio Lillo, Juan Antonio González, Manuel Rengifo, Marcos Maturana, Arturo Edwards, Luis Dávila Larraín, Pedro Lira y Fanor Velasco.

Es de extrañar que el escultor José Miguel Blanco que tanta

parte tomó en la formación del “Museo de Bellas Artes”, y que sin exagerar podemos decir fué el precursor de él, pues ya en 1879, desde las columnas de la “Revista Chilena” dirigida por don Miguel L. Amunátegui y don Diego Barros Arana abogaba por su creación, no haya sido tomado en cuenta en los nombramientos de dicha comisión.

Creemos haber dicho, que en este gran paso para el adelanto de nuestro arte, cual es la fundación del Museo, no intervinieron solamente artistas profesionales, digámoslo así, porque artista es todo el que ama la belleza aunque no haga del arte una profesión, sino también hombres como don José Gandarillas, Pedro Palazuelos, José Tomás Urmeneta, Benjamín Vicuña Mackenna, Luis Dávila Larraín, Vicente Grez, etc. que propendieron en grado sumo al desenvolvimiento artístico de aquella época.

Intencionalmente no hemos citado los nombres del general Maturana, de Arturo Edwards y aunque cronológicamente no corresponde aquí el de don Enrique Matte Eyzaguirre que estableció el certamen “Enrique Matte Blanco”, mecenas que en forma práctica, han coadyuvado al desarrollo de la pintura.

El general Maturana cedió al Gobierno varios cuadros para que fuesen vendidos y con los intereses de su producido se premiara la mejor obra de pintura o escultura que se presentara al salón anual.

El Gobierno compró dichos cuadros y con fecha 30 de Abril de 1884 creó un certamen con el título de “Certamen General Maturana” instituyendo un premio de quinientos pesos (1) a la obra del artista pintor o escultor que a juicio de la comisión resultase la más sobresaliente.

Para adjudicar los premios se nombró una comisión que debería ser compuesta: de los directores de las escuelas de pintura y escultura, de tres individuos nombrados por el Consejo de Instrucción Pública y de dos designados por los concursantes.

El señor Arturo Edwards con fecha 11 de Enero de 1888, instituyó un certamen que debería llevar su nombre y para cuyo objeto constituyó un censo de 62,500 pesos nominales al 4 % de interés.

El Jurado de admisión para dicho certamen debería ser el mismo que el de la Exposición Nacional de Bellas Artes y el que otorgase los premios, un jurado nombrado por el fundador, y después de su muerte, por la Comisión Directiva del Museo de Bellas Artes.

El señor Enrique Matte Eyzaguirre, autor de un libro instituido “Lechería” instituyó también el 1.º de Mayo de 1922, un certamen con el nombre de “Certamen Enrique Matte Blanco” para premiar a los artistas pintores y escultores; el capital de este certamen es el producto de la venta líquida de dicho libro.

Y finalmente el Consejo de Bellas Artes, desde 1919, tiene instituido dos premios especiales de dibujo, el primero de mil pesos

(1) En aquella época nuestra moneda valía cerca de 5 veces más que la actual.

y el segundo de quinientos, por trabajos que se presenten al Salón Anual de Bellas Artes, premios que se atenderán con las entradas del mismo Salón.

Continuando pues el hilo de nuestra historia, pasaremos a hacer solamente una enumeración de los discípulos de Pedro Lira, pues siguiendo nuestra norma, y para no ofender su modestia, mal que nos pese, nos abstendremos de hacer su biografía, aunque sean muchos de ellos artistas de reputación, que en realidad no la necesitan.

Por las mismas razones damos sus nombres por orden alfabético:

Abarca Ramón, Alcalde Francisco, Alegría Carlos, Alvarez Urquieta Luis, Araya Agustín, Araya Alfredo, Alvarez Emilio.

Backaus José, Bozo Carlos, Buchard Pablo.

Caracci José, Castro Celia, Correa Rafael, Costa Jerónimo.

Domínguez G., Fernando.

Formas de Dávila Emma, Fossa C., Julio, Figueroa Raúl.

González Méndez Nicanor, Gordon Arturo, Guajardo Arsenio, Guerra Manuel.

Huneus Ramón, H. de Williams Aída

Keymer Carlos.

Jofré Pedro.

Lastarria Luis, Lastra Carlos, Letelier Jorge, Lira O. Elena, Lira O. Jorge, Lira O. Pedro, Lucares Oscar.

Madariaga Andrés, Magallanes Moore Manuel, Marín Florencio, uno de los discípulos más estimados por su maestro; Martínez Guillermo.

Ortiz de Zárate Manuel.

Plaza Ferrand Marcial, Prado Pedro, Polloni Antonio, Pozo Josefina del.

Robles Vial Manuel, Reed Alberto, Rezka Pedro.

Saint Marie Oscar, Sotomayor Roberto, Saridakis Juan D., Stoner Roberto.

Undurraga Agustín.

Valdés Rafael, Vega Juan R.

Zúñiga Julio.

CONTEMPORÁNEOS:

Alvarez Francisco.

Balmaceda Andrés.

Cox, Nataniel.

Chesebrough Juan.

Dupré Emilio.

González Froilán.

Jordán Felix

Lattanzi Aristondo, Laroche Fernando.

Merino Genoveva, Martín.

Navarrete.

Prieto Jenaro, Pulgar Santiago.
Ramos Catalán Benito, Renjifo R., Luis.
Vergara Nicanor.
Zorzi Carlos.

CAPITULO XIV

Alvarez de Sotomayor y sus Discípulos

Influencia de este maestro en nuestro arte.—Los hermanos Lobos.—Enrique Bertrix.—Carlos Isamit.—Alfredo Bustos.—Jorge Délano, (Coke).—Franco Paolantonio.—Otros discípulos y contemporáneos

A Pedro Lira sucedió en el cargo de profesor de pintura de la Escuela de Bellas Artes el artista español Fernando Alvarez de Sotomayor, contratado con tal objeto por el Gobierno de Chile el año 1908 y de la cual más tarde en 1912, fué nombrado Director.

Nació este gran artista en el Ferrol en 1875 y muy joven, casi niño, empezó sus estudios de pintura en el taller de Manuel Domínguez.

Penetrado el maestro de las dotes del discípulo, se asoció con él en el trabajo de varias obras decorativas en las que el discípulo colaboró con gran éxito.

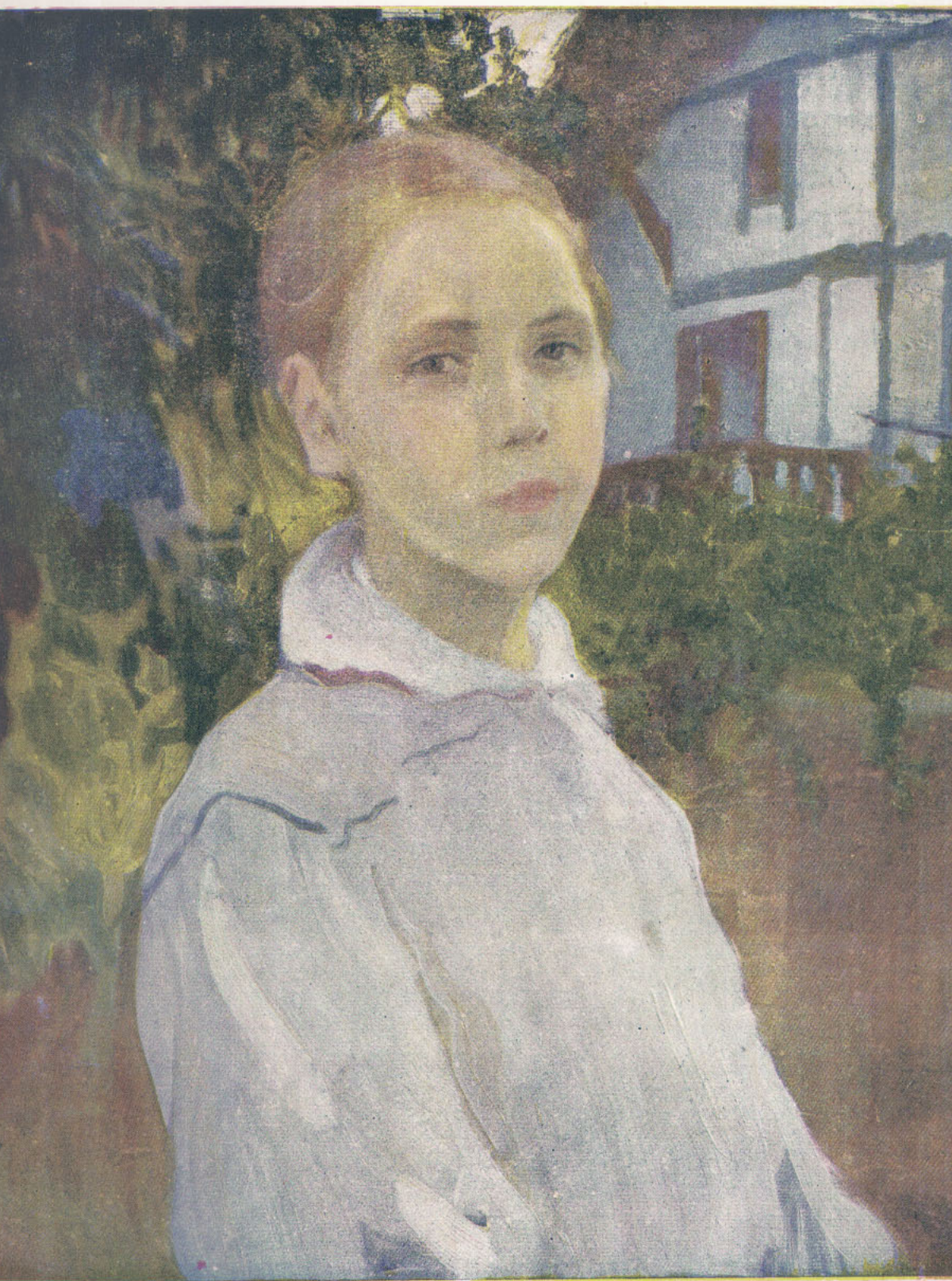
Cuando apenas contaba 24 años, obtuvo el premio de Roma, que es de gran importancia en España, para el artista que empieza.

En 1904 obtuvo medalla de plata en Madrid y en 1906 la de oro, acordada por unanimidad a su cuadro "El Rapto de Europa". Antes de venir a Chile obtuvo también premios en Lieja, Munich y Barcelona.

Y cabe aquí narrar un suceso curioso que aconteció en la exposición de pintura de Madrid de 1904. Tres pensionados en Roma, tres muchachos, mandaron sendos cuadros a disputar el premio. Estos tres eran Chicharro, Benedito y Alvarez de Sotomayor. Tocó la coincidencia que los tres cuadros eran de un tamaño aproximado y lo que es más raro todavía, siendo de género diferente, los tres eran de igual mérito. Los muchachos revelaron en ellos su temperamento y en este torneo quedaron consagrados como maestros.

Chicharro presentó un tríptico de carácter prerrafaelista, Benedito un cuadro vigoroso "El Infierno del Dante" y Alvarez de Sotomayor "Orfeo atacado por las Bacantes", tela simpática, llena de luz, precioso estudio de desnudos y de exquisito colorido.

Lo curioso es que estos cuadros que causaron tanta sensación en Madrid, vinieron a Chile a la exposición del centenario y los dos últimos fueron adquiridos por el Museo de Bellas Artes de Santiago.



Alvarez de Sotomayor Fernando

“Amelia”

Oleo 80x62 centímetros

Las opiniones del público se dividieron, y el jurado español permaneció perplejo hasta que por fin acordó primera medalla a los dos primeros y sólo segunda al tercero.

Pero muy luego éste consiguió su desquite, pues al año siguiente con otro cuadro de asunto mitológico “El Rapto de Europa”, obtuvo la medalla de oro.

Desde entonces la reputación de Alvarez de Sotomayor quedó asentada y paso a paso camina hacia el pináculo de la gloria.

En 1908 fué contratado por nuestro Gobierno para que desempeñase la cátedra del curso superior de pintura de nuestra Escuela de Bellas Artes y permaneció entre nosotros hasta 1911 en que solicitó permiso para ir a su país. En 1912 el Gobierno lo comprometió a regresar ofreciéndole la Dirección de la Escuela.

Ejerció por poco tiempo este puesto en que a pesar de los requerimientos del Gobierno y de los ruegos de sus discípulos, volvió a su país.

La pasada de Alvarez de Sotomayor por nuestra escuela, no puede haber sido más fructífera; reformó su reglamento, casi duplicó el número de los matriculados y formó numerosos discípulos que son una esperanza para el porvenir de nuestro arte.

Alvarez de Sotomayor ha sido distinguido en su país con el título de Comendador de la Orden de Isabel la Católica, nombrado miembro de la Academia de San Fernando y hoy día es Director del Museo del Prado de Madrid.

“Espíritu cultísimo (dice Martínez Cuenca, crítico de arte español), refinado en el estudio del arte clásico, colorista de una brillantez inimitable, es Fernando Alvarez de Sotomayor, uno de los más justos prestigios de nuestro arte y una de las más legítimas y gloriosas esperanzas de nuestra patria”.

Son famosos sus cuadros de costumbres gallegas y principalmente sus retratos.

Discípulos preferidos de Alvarez de Sotomayor fueron los hermanos Lobos, Alfredo, Enrique y Alberto y muy especialmente los dos primeros, que en los pocos años que tuvieron de peregrinación por esta tierra, pues el primero murió a los 27 y el segundo a los 32, revelaron dotes, que si la severa parca y una mejor suerte se lo hubiera permitido, habrían hecho de ellos, artistas pintores no solamente dignos de hacerse admirar en nuestro escenario, sino talvez en el mundo entero.

Nacidos de humilde cuna, y habiendo tenido la desgracia de perder al padre, cuando aun eran niños, a costa de inmensos sacrificios de la madre que era lavandera y del hermano mayor que era zapatero, apenas pudieron recibir una ilustración menos que mediana, pues Enrique sólo alcanzó al cuarto año de humanidades y Alfredo solamente al libro segundo del lector americano en la escuela pública. A fuerza de una constancia heroica y haciendo sus estudios en escuelas nocturnas, lograron ser los artistas de la reputación que hoy tienen.

Enrique nació en Rancagua en 1886 y teniendo que ganar la

vida para su sustento y el de su familia viose obligado desde su llegada a Santiago a dividir su tiempo entre trabajos manuales, como la pintura de brocha gorda, y sus estudios artísticos a los que lo impulsaba su vocación.

Minado por la traidora tuberculosis, los miembros del Consejo de Bellas Artes y algunos particulares, admiradores de su talento, lo enviaron a Vicuña en 1912, en donde permaneció año y medio, pero vuelto a la capital, la inexorable enfermedad que sólo estaba adormecida, lo llevó al sepulcro en Febrero de 1918.

Fué un distinguido pintor de género y de paisajes y obtuvo varios premios en nuestras exposiciones.

Alfredo, malgrado a más temprana edad aun que Enrique, demostró en los pocos años de su existencia, ser un gran pintor, apesar de que le tocó hacer una vida casi más dura que su hermano. Para ganarse el sustento no desdeñó el puesto de oficial de pintor de paredes y el de obrero en una fábrica de escobas, al mismo tiempo que en cartones y tablitas de cajas de cigarros, hacía paisajes y reproducciones de casas viejas de Santiago.

Con el producto de estos trabajos y sin más ayuda consiguió reunir dinero para poder realizar su ideal acariciado, cual era trasladarse a España para admirar las bellezas de los cuadros de los grandes maestros.

En España trabajó con tesón, y en vísperas de abrirse una exposición de sus obras en el Ateneo de Madrid, lo sorprendió la muerte el 15 de Enero de 1917.

Enrique Bertrix otro malgrado artista, pintor de figuras y paisajes y cuyas dotes que apenas alcanzó a revelar, ofrecían halagüeñas esperanzas para nuestro arte, fué otro de los discípulos preferidos de Alvarez de Sotomayor. Desgraciadamente cuando estalló la gran guerra de 1914, creyose obligado a ir a defender el suelo de sus antepasados, porque Bertrix era hijo de francés, y al año de luchar en las trincheras, la muerte que no respeta castas ni talentos, hizo de él su víctima. Apesar de sus cortos años, alcanzó a obtener varias recompensas en los salones de 1912 y 1914.

Carlos Isamit, actual director de la Escuela de Bellas Artes, nacido en 1887. Es también pedagogo y fué discípulo de Pedro Lira y principalmente de Alvarez de Sotomayor.

Jorge Délano, que a más de dibujante es pintor de grandes esperanzas y cuyo pseudónimo Coke es suficientemente conocido; Alfredo Bustos actual director artístico de la revista "Zig-Zag"; Franco Paolantonio, actual director de la Academia de Bellas Artes de la Universidad Católica de Chile, distinguido artista italiano que ha hecho de Chile su segunda patria; y en fin los siguientes artistas que pasamos a enumerar por orden alfabético y que recibieron también lecciones de este maestro.

DISCÍPULOS

Abarca Agustín
Gallinato Manuel
Giorgi Otto
Guevara Laureano
Luna Pedro
Moisan Elmira
Moya Enrique
Madge Jorge
Morla de S., Ximena
Mori S., Camilo
Ovalle Pedro
Ortiz de Zárate Julio
Puelma de Fuenzalida Dora
Rebolledo G., José
Vásquez Ulises
Vergara Guillermo

CONTEMPORÁNEOS

Arrate de D., Herminia
Camino de B., Sara
Campo Carlos del
Cousiño Luis
Dittrich Franz
Haagensen Ove
Izquierdo Humberto
Johnson Luis
Julio de la F., Jorge
Lorca G., Roberto
Oyarzo Gumecindo
Prieto Genaro
Restat Carlos
Rodig Laura
Sepúlveda Orrego Eugenio
Toro B., Fernando

Capítulo XV

Richón Brunet y sus discípulos

Algunos datos biográficos.—Sus principales obras.—Los otros directores de la Escuela de Bellas Artes

En 1901, llegó a Santiago el artista francés Richon Brunet, que en 1903 desempeñó por algunos meses el puesto de profesor de Dibujo de la Escuela de Bellas Artes.

Hizo sus primeros estudios en la Escuela de Bellas Artes de París y fué discípulo de Gerôme, Gervex y Humbert.

En 1900 se trasladó a nuestro país comisionado por el Gobierno francés para estudiar el desarrollo artístico de los países sudamericanos.

Ha desempeñado en Santiago el puesto de profesor de la Escuela de Bellas Artes de 1903 a 1906 y desde 1913 hasta la fecha y de Subdirector desde 1919.

En 1910 fué secretario general de la Exposición Internacional. Es miembro "sociétaire" de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París y delegado permanente de ella en Chile desde 1914 y ha sido miembro de jurado de los salones de París por muchos años. Se ha distinguido también como crítico de arte en sus acreditadas crónicas que ha escrito en diversos diarios y revistas de nuestro país.

Entre sus más distinguidos discípulos citaremos a: Graciela y María Aranís, Marco Antonio Bontá, Jorge Caballero, Justa Lagunas,

Víctor Martínez, Virginia Pérez Peña, Albino Quevedo, Luis Vargas Rozas, María Valencia, Teresa Valencia C., Darío Vallino Elsa Arriagada, Ana Cortés, Rafael López, Barack Canut de Bon, Alberto Matthey, Héctor Cáceres, Edel Fleischmann, etc.

CONTEMPORÁNEOS: Adolfo Guerrero C., Manuel Cuevas, Estela Ross, Sra. Wilson de Doren, Humberta Zorrilla, Enriqueta Petit, José Perotti, Hortencia Roca, Juvenal Rubio, Alfonso Vila, Clara Wenkeneister, Abelardo Bustamante, Miryan Sanfuentes, Juan Oliver, Guillermo Kaulen, Carlos Munizaga Vicuña, Carlos Swimburn I., Sergio Huneeus, Melendez, Estrada Gómez, Carrasco Délano, Martha Cuevas, Claro de Alemparte Rebeca, Carlos Ossandón y señoritas Arrieta Concha, discípulas de Pedro Reszka, N. Alberto Guzmán discípulo de Nicolás Guzmán B.

Después de Alvarez de Sotomayor fué director de la Escuela de Bellas Artes el conocido escritor Luis Orrego Luco, que también fué director de la más artística de las revistas que han existido en Chile nos referimos a "Selecta" editada por la Empresa Zig-Zag, que duró desde 1909 hasta 1911.

En Junio de 1916 Joaquín Díaz Garcés, uno de los escritores más criollos que hemos tenido y que con el seudónimo de Angel Pino, se hizo tan popular, sucedió a Orrego Luco en la Dirección de la Escuela y desempeñó este puesto hasta el año 1919, en que entró a sucederlo el escultor Carlos Lagarrigue, autor entre otras estatuas de "El Giotto".

Han sido directores del Museo de Bellas Artes, el distinguido escritor, diplomático y pintor aficionado, Pedro Prado, y el notario de Santiago, Luis Cousiño Talavera, espíritu cultísimo, coleccionista de obras de arte y a cuya pluma debemos un magnífico catálogo de las obras existentes en nuestro Museo de Bellas Artes.

En 1927, habiendo jubilado el escultor Lagarrigue, fué nombrado director de la Escuela y Museo de Bellas Artes, el pintor Carlos Isamitt.
